

Lo que
JESÚS
EXIGE
del MUNDO

Lo que
JESÚS
EXIGE
del MUNDO

JOHN PIPER



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *What Jesus Demands From the World*, © 2006 por Desiring God Foundation y publicado por Crossway Books, un ministerio de publicaciones de Good News Publishers, Wheaton, Illinois 60187. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Lo que Jesús exige del mundo*, © 2007 por Desiring God Foundation y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1587-6

1 2 3 4 5 edición / año 11 10 09 08 07

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

A
Benjamín y Melissa,
quiénes viven el amor de Jesús

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	13
SUGERENCIAS SOBRE LA FORMA DE LEER ESTE LIBRO	15
INTRODUCCIÓN: EL OBJETIVO DEL LIBRO	17
UNAS PALABRAS A LOS ESTUDIOSOS DE LA BIBLIA (Y A LOS QUE SE PREGUNTAN, QUE ESTÁN HACIENDO)	28
<i>Exigencia #1</i> OS ES NECESARIO NACER DE NUEVO	36
<i>Exigencia #2</i> ARREPENTÍOS	39
<i>Exigencia #3</i> VENID A MÍ	43
<i>Exigencia #4</i> CREED EN MÍ	47
<i>Exigencia #5</i> AMADME	52
<i>Exigencia #6</i> ESCUCHADME	57
<i>Exigencia #7</i> PERMANECED EN MÍ	63
<i>Exigencia #8</i> TOMAD VUESTRA CRUZ Y SEGUIDME	69
<i>Exigencia #9</i> AMAD A DIOS CON TODO VUESTRO CORAZÓN, ALMA, MENTE Y FUERZAS	76
<i>Exigencia #10</i> GOZAOS Y ALEGRAOS	85

<i>Exigencia #11</i>	94	<i>Exigencia #24</i>	181
TEMED MÁS BIEN A AQUEL QUE PUEDE DESTRUIR EL ALMA Y EL CUERPO EN EL INFIERNO		ESFORZAOS POR ENTRAR POR LA PUERTA ESTRECHA PORQUE YA USTEDES ESTÁN EN EL PODER DEL REINO	
<i>Exigencia #12</i>	101	<i>Exigencia #25</i>	190
ADORAD A DIOS EN ESPÍRITU Y EN VERDAD		VUESTRA JUSTICIA DEBE SUPERAR LA DE LOS FARISEOS, PORQUE ESTA ERA DESPÓTICA Y DESPRECIABLE	
<i>Exigencia #13</i>	107	<i>Exigencia #26</i>	196
ORAD SIEMPRE Y NO DESMAYAD		VUESTRA JUSTICIA DEBE SUPERAR LA DE LOS FARISEOS: LIMPIAD EL INTERIOR DEL VASO	
<i>Exigencia #14</i>	115	<i>Exigencia #27</i>	205
NO OS AFIANÉIS POR LAS NECESIDADES DE LA VIDA DIARIA		VUESTRA JUSTICIA DEBE SUPERAR LA DE LOS FARISEOS, PORQUE TODO BUEN ÁRBOL DA BUENOS FRUTOS	
<i>Exigencia #15</i>	122	<i>Exigencia #28</i>	212
NO OS AFIANÉIS ANTE LAS AMENAZAS DEL HOMBRE		AMAD A VUESTROS ENEMIGOS: GUIADLOS HACIA LA VERDAD	
<i>Exigencia #16</i>	126	<i>Exigencia #29</i>	221
HUMILLAOS PELEANDO CONTRA EL ORGULLO		AMAD A VUESTROS ENEMIGOS: ORAD POR LOS QUE OS DESHECHA	
<i>Exigencia #17</i>	131	<i>Exigencia #30</i>	230
HUMILLAOS EN INGENUIDAD, SERVIDUMBRE Y CONFIANZA		AMAD A VUESTROS ENEMIGOS: HACED BIEN A LOS QUE OS ABORRECEN; A CUALQUIERA QUE OS PIDA, DADLE	
<i>Exigencia #18</i>	139	<i>Exigencia #31</i>	242
NO OS ENOJÉIS, CONFIAD EN LA PRUDENCIA DE DIOS		AMAD A VUESTROS ENEMIGOS PARA DEMOSTRAR QUE SOIS HIJOS DE DIOS	
<i>Exigencia #19</i>	147	<i>Exigencia #32</i>	249
NO OS ENOJÉIS, ABRAZAD LA MISERICORDIA Y EL PERDÓN		AMARÁS A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO, PUES ESTA ES LA LEY Y LOS PROFETAS	
<i>Exigencia #20</i>	154	<i>Exigencia #33</i>	256
HACED LA VOLUNTAD DE MI PADRE QUE ESTÁ EN LOS CIELOS: CONFIAD EN JESÚS Y JUSTIFICAOS		AMARÁS A TU PRÓJIMO CON LA MISMA DEDICACIÓN QUE TIENES POR TU PROPIO BIENESTAR	
<i>Exigencia #21</i>	159	<i>Exigencia #34</i>	263
HACED LA VOLUNTAD DE MI PADRE QUE ESTÁ EN LOS CIELOS: TRANSFORMAOS CONFIANDO EN JESÚS		AMARÁS A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO Y COMO JESÚS NOS HA AMADO	
<i>Exigencia #22</i>	166		
ESFORZAOS POR ENTRAR POR LA PUERTA ESTRECHA PORQUE TODA LA VIDA ES UNA GUERRA			
<i>Exigencia #23</i>	174		
ESFORZAOS POR ENTRAR POR LA PUERTA ESTRECHA PORQUE JESÚS CUMPLE EL NUEVO PACTO			

<i>Exigencia #35</i>	269
HACEOS TESOROS EN EL CIELO, DANDO SACRIFICADA Y GENEROSAMENTE	
<i>Exigencia #36</i>	274
HACEOS TESOROS EN EL CIELO Y AUMENTAD VUESTRO GOZO EN JESÚS	
<i>Exigencia #37</i>	281
HACEOS TESOROS EN EL CIELO: "A VUESTRO PADRE LE HA PLACIDO DAROS EL REINO..."	
<i>Exigencia #38</i>	289
NO JURÉIS, VALORAD LA VERDAD Y HABLADLA CON SENCILLEZ	
<i>Exigencia #39</i>	295
NO JURÉIS, SEA VUESTRO HABLAR SENCILLAMENTE "SÍ" O "NO"	
<i>Exigencia #40</i>	301
LO QUE DIOS JUNTÓ, NO LO SEPARÉ EL HOMBRE, PORQUE EL MATRIMONIO REFLEJA EL PACTO DE DIOS CON NOSOTROS	
<i>Exigencia #41</i>	307
LO QUE DIOS JUNTÓ, NO LO SEPARÉ EL HOMBRE, PORQUE QUIEN SE DIVORCIA Y SE CASA CON OTRA, ADULTERA	
<i>Exigencia #42</i>	317
LO QUE DIOS JUNTÓ, NO LO SEPARÉ EL HOMBRE: UN HOMBRE, UNA MUJER. POR GRACIA, HASTA LA MUERTE	
<i>Exigencia #43</i>	323
DAD A CÉSAR LO QUE ES DE CÉSAR Y A DIOS LO QUE ES DE DIOS	
<i>Exigencia #44</i>	329
DAD A CÉSAR LO QUE ES DE CÉSAR COMO UN ACTO DE DAR A DIOS LO QUE ES DE DIOS	
<i>Exigencia #45</i>	336
HACED ESTO EN MEMORIA DE MÍ, PORQUE EDIFICARÉ MI IGLESIA	
<i>Exigencia #46</i>	343
HACED ESTO EN MEMORIA DE MÍ: BAUTIZAR DISCÍPULOS Y COMER LA CENA DEL SEÑOR	

<i>Exigencia #47</i>	349
ASÍ ALUMBRE VUESTRA LUZ DELANTE DE LOS HOMBRES, PARA QUE GLORIFIQUEN A VUESTRO PADRE QUE ESTÁ EN LOS CIELOS	
<i>Exigencia #48</i>	355
ASÍ ALUMBRE VUESTRA LUZ DELANTE DE LOS HOMBRES: EL ALEGRE SACRIFICIO DE AMOR EN EL SUFRIMIENTO	
<i>Exigencia #49</i>	362
HACED DISCÍPULOS A TODAS LAS NACIONES, PORQUE TODA LA AUTORIDAD PERTENECE A JESÚS	
<i>Exigencia #50</i>	368
HACED DISCÍPULOS A TODAS LAS NACIONES, PORQUE LA MISIÓN NO PUEDE FRACASAR	
DESIRING GOD: UNA NOTA SOBRE LOS RECURSOS	375

*“Toda potestad me es dada
en el cielo y en la tierra”.*

JESÚS

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido posible porque la generosidad ha llegado a mí a raudales desde muchas fuentes, más de las que pudiera mencionar aquí; pero con mucho gusto nombraré algunas. Los ancianos y los miembros de la Iglesia Bautista Belén me liberaron durante cinco meses. Esto fue parte de su amabilidad por el veinticinco aniversario de nuestro ministerio juntos en la iglesia. Sin ese período prolongado de ausencia, este libro no se hubiera escrito.

La feliz combinación de añoranza y hermandad que existe en Tyndale House en Cambridge, Inglaterra, con sus abundantes recursos, aportaron el marco ideal para este tipo de investigación y obra. Bruce Winter, cuya larga y fiel permanencia en el cargo de Rector estaba llegando a su fin durante mi estancia allí, fue gentil e inspirador al recibirme y ofrecerme su amistad. El claustro de profesores y los conferencistas de Tyndale House convirtieron nuestra estancia en una dichosa y fructífera temporada; Dios conoce las manos anónimas que se abrieron para que eso fuera posible.

David Mathis, Justin Taylor y Ted Griffin leyeron el manuscrito con cuidado y me ayudaron a mejorarlo en cientos de maneras. Carol Steinbach de nuevo reunió a su equipo y prepararon el Índice de Escrituras y el Índice Onomástico, los cuales ayudan a los lectores a orientarse con más facilidad. Lane Dennis y su equipo de Crossway Books alentaron y apoyaron este proyecto desde su concepción hasta que se hizo realidad. Mi esposa Noël montó la casa en un lugar nuevo, me liberó para que escribiera y leyó todas y cada una de las palabras con los ojos que solo una esposa talentosa puede tener. Todo lo que hago depende de su apoyo.

Cuando alguien me pregunta: “¿Cuánto se demoró en escribir este libro?”, a menudo respondo: “Sesenta años”. Yo sé que no es la respuesta apropiada, pero sí dice la verdad en cuanto a que las fuentes de generosidad

que han confluído para poder crearlo han estado surtiendo mi vida desde el principio. No tengo ninguna duda de que la experiencia obtenida desde la escuela primaria Summit Drive en Greenville, Carolina del Sur, en la década de 1950, pasando por mis años en la Universidad de Munich a principios de los años '70 hasta el ministerio de la Palabra durante veinticinco años en la iglesia Belén, determinaron lo que aparece en este libro. La vida y la labor de escribir no se pueden separar.

Le doy gracias a Jesús, quien me creó, llamó y rige todos los días de mi vida tal como lo hace con todos los gobiernos del mundo y las galaxias del universo, por todo el manantial de generosidad, conocido y desconocido, que ha manado en mi vida. Espero que Él use este libro para ser conocido, amado y obedecido como el único Salvador de nuestros pecados y el único Soberano en el mundo.

SUGERENCIAS SOBRE LA FORMA DE LEER ESTE LIBRO

La lectura de un libro extenso parece ser una tarea colosal, porque pensamos que debemos empezar por el principio hasta el final sin saltar nada por el medio. No pretendo que la mayoría de las personas lean este libro de esa manera, aunque sí espero que algunas lo hagan. Estructuré el libro de modo que los temas que aparecen al principio ayuden al lector a comprender los que vienen después; y hay una cierta base, evolución y climax. Pero los capítulos tienen suficiente independencia, de manera que la mayoría de ellos pueden leerse sin tener que oír los otros. Resulta evidente cuando un capítulo depende de otro.

Por lo tanto, lo invito a que empiece por cualquier parte. No tiene que leer la Introducción primero. Mi esperanza es que la forma en que están entrelazados los mandatos de Jesús, lo induzca a ir de un tema a otro.

He tratado de que los capítulos sean relativamente cortos para que, de manera general, aquellas personas que tienen su tiempo limitado puedan leerlos de una sentada. Por eso es que algunos tratan sobre el mismo mandato desde diferentes puntos de vista. Pensé que era mejor tratar el tema en varios capítulos en vez de en uno largo.

Puesto que este libro se refiere especialmente a los mandatos de Jesús, aquí no aparece mucho sobre su vida y su muerte. Si usted desea conocer cómo he tratado de describir esto último en detalle, puede consultar otros dos textos (¡menos extensos!) donde reflexiono sobre Jesús y su muerte: *Ver y saborear a Jesucristo* (Crossway Books, 2004) y *Cinuenta razones por las que Cristo vino a morir* (Crossway Books, 2006). Y, por supuesto, hay otros libros importantes escritos por otros autores a los que haré referencia por el camino.

Sobre todo, espero que ore mientras lea. Aunque usted no esté acostumbrado a orar, pídale a Dios que lo proteja contra cualquier error que yo pueda haber cometido y que le confirme lo que es verdad. Al final, lo que importa es el efecto que produce Dios en nuestra vida mediante su palabra escrita por el Espíritu. Eso es lo que hace que la oración sea de vital importancia. Cuando oramos, le pedimos a Dios que nos transforme de esa manera.

Por último, que el Jesús viviente cumpla el propósito de su Palabra cuando usted lea lo siguiente: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Jn. 15:11).

INTRODUCCIÓN: EL OBJETIVO DEL LIBRO

El propósito de este libro es la obediencia a Jesús que glorifica a Dios. Con ese fin, trato de obedecer el último mandato de Jesús: “...haced discípulos a todas las naciones... *enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado...*” (Mt. 28:19-20). El mandato final del Señor fue el de enseñar todos sus mandamientos.

EL ÚLTIMO MANDATO IMPOSIBLE

En realidad, el mandato final era más preciso que eso. Él *no* dijo: “Enseñenles todos mis mandamientos”, sino: “Enseñenles a *guardar* mis mandamientos”. Uno podrá enseñarle a un loro todos los mandamientos de Jesús, pero no puede enseñarle a *guardarlos*. Los loros no se arrepentirán, ni adorarán a Jesús, ni guardarán tesoros en el cielo, ni amarán a sus enemigos, ni saldrán como ovejas en medio de los lobos para anunciar el reino de Dios.

Enseñar a las personas a repetir como loros todo lo que Dios ordenó es fácil. Enseñarles a *guardar* todo lo que Dios ordenó es *imposible*. Jesús usó esa palabra. Cuando el hombre rico no pudo desprenderse de sus riquezas y seguirlo, Jesús dijo: “Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios... Para los hombres es *imposible*, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios” (Mr. 10:25-27).

Por lo tanto, quien se dispone a obedecer el cometido final de Jesús, por ejemplo, enseñarle a un rico a guardar el mandato de Dios de “renunciar a todo lo que posee” (Lc. 14:33) intenta lo imposible; pero Jesús dijo que no era imposible: “Todas las cosas son posibles para Dios”. Luego, la

tarea más difícil al escribir este libro ha sido discernir el camino de Dios para hacer posible la obediencia imposible.

Jesús dijo que este objetivo imposible ocurre mediante la *enseñanza*: “Haced discípulos... *enseñándoles* que guarden todas las cosas que os he mandado”. Por supuesto que es más complicado que esto: como la muerte expiatoria de Jesús (Mr. 10:45), la obra del Espíritu Santo (Jn. 14:26) y la oración (Mt. 6:13); pero al final, Jesús concentró la atención en la enseñanza. Yo interpreto esto como que Dios decidió hacer lo imposible mediante la enseñanza de todos sus mandatos. Por eso ruego que este libro llegue a ser una especie de enseñanza que Él usará para poder lograr la obediencia imposible a Jesús. Y todo esto para la gloria de Dios.

LA ENSEÑANZA Y LA OBEDIENCIA QUE GLORIFICAN A DIOS

La razón por la que recalco la gloria de Dios es porque Jesús lo hizo. Él dijo: “Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y *glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*” (Mt. 5:16). El objetivo supremo de los mandamientos de Jesús no es que los guardemos haciendo buenas obras. El objetivo *supremo* es que Dios sea glorificado. La observancia de las buenas obras queda en penúltimo lugar; pero lo que resulta supremo es que en nuestras vidas obedientes Dios sea mostrado como la realidad más hermosa del mundo. Ese es el objetivo supremo de Jesús¹, así como el mío.

Esto me ayuda a responder la pregunta siguiente: ¿Qué clase de enseñanza de los mandamientos de Jesús estaría Dios dispuesto a usar para lograr esa obediencia imposible? Si el objetivo de la obediencia es en última instancia la gloria de Dios, entonces es probable que la clase de enseñanza que Dios use sea la que mantiene su gloria en el centro. Por tanto, el propósito que he perseguido ha sido el de darle el énfasis correcto a la sumamente valiosa hermosura de Dios a lo largo de todo el libro.

GUARDAR LOS MANDAMIENTOS RELACIONADOS CON JESÚS Y SU OBRA

¿Cómo entonces le damos el énfasis correcto a la hermosura de Dios

1. Vea en especial la Exigencia #47.

en relación con los mandamientos de Jesús?, pues, tratando el significado y la motivación de los mandatos en relación con la persona y la obra del Señor. La persona y la obra de Jesús son el medio principal mediante el cual Dios se ha glorificado en el mundo. No hay mayor revelación de la gloria de Dios. Jesús dijo: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn. 14:9). Por ende, su *persona* es la manifestación de la gloria de Dios. Verlo tal cual es significa ver la infinitamente valiosa hermosura de Dios. Jesús también dijo: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (Jn. 17:4). Por tanto, su obra es una manifestación de la gloria de Dios. Cuando vemos lo que Él logró y la forma en que lo hizo, comprendemos la majestuosidad y la grandeza de Dios.

Por consiguiente, mi objetivo ha sido el de *investigar el significado y la motivación de los mandatos de Jesús en relación con su persona y su obra*. Lo que aparece una y otra vez es que lo que Él está ordenando es una vida que muestra el valor de su persona y el efecto de su obra. Su intención es que no separemos su mandato de quién es Él y lo que ha hecho.

No debemos sorprendernos, pues, de que el mandato final y culminante de Jesús sea el de enseñar a todas las naciones a cumplir todos sus mandatos. Esto da lugar a su propósito supremo. Cuando ocurre la obediencia a sus mandatos, lo que el mundo ve es el fruto de la obra gloriosa de Jesús y el valor de su persona gloriosa. En otras palabras, ven la gloria de Dios. Es por esto que Jesús vino y por qué su misión permanece hasta su regreso.

UN ESBOZO DE LA PERSONA Y LA OBRA DE JESÚS

Anticipándonos a lo que veremos más adelante en el libro, ofreceremos aquí un esbozo mínimo de la persona y la obra de Jesús de manera que, desde el principio, los mandatos descansen sobre la base que corresponde. Jesús vino al mundo, enviado por Dios, como el tan esperado Mesías. Cuando Jesús les preguntó a los discípulos quiénes pensaban ellos que era Él, Pedro contestó: “Tú eres el Cristo [es decir, el Mesías], el Hijo del Dios viviente”; a lo cual Jesús respondió: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt. 16:16-17).

Cuando juzgaron a Jesús, lo acusaron de blasfemia y finalmente, de

traición contra el César debido a su aparente reclamo de ser el Mesías, rey de Israel, el hijo de Dios. El sumo sacerdote le preguntó: “¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?” Y Jesús le dijo: “Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (Mr. 14:61-62).

POR QUÉ JESÚS ERA PARTIDARIO DEL TÍTULO DE HIJO DEL HOMBRE

Aunque Jesús reconocía que Él era el Mesías, el Hijo de Dios, su designación preferida para referirse a su persona era “Hijo del Hombre”. En un sentido, este título conlleva el significado obvio de que Jesús era verdaderamente un ser humano. Pero debido al uso dado por el profeta Daniel, probablemente sea un título muy exaltado de autoridad universal.

“...he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Dn. 7:13-14).

La razón por la que Jesús prefería el título de *Hijo del Hombre* para sí era porque los términos *Mesías* e *Hijo de Dios* estaban cargados de preensiones políticas populares, darían la impresión equivocada sobre la naturaleza de su mesianismo, podían fácilmente dar a entender que Él se amoldaba a las concepciones de aquella época de que el Mesías conquistaría a Roma, liberaría a Israel y establecería su reino terrenal. Pero Jesús tuvo que navegar estos mares políticos presentándose como verdaderamente el Mesías, hasta como el divino Hijo de Dios con autoridad universal, pero también rechazar la idea popular de que el Mesías no sufriría, sino que inmediatamente gobernaría.

El término *Hijo del Hombre* resultó ser muy útil en este sentido porque aunque sí conllevaba derechos exaltados para quienes supieran escuchar, en apariencia no estaba reivindicando explícitamente ningún poder

político. Bajo este título preferido (aunque sin rechazar los otros), Jesús pudo establecer su derecho de que el tan esperado reino mesianico de Dios había entrado en su ministerio.²

EL REINO DE DIOS HABÍA ENTRADO EN LA HISTORIA

El pueblo judío anhelaba que llegara el día en que el Mesías viniera y trajera el reino de Dios. El reino significaría que los enemigos de Israel habrían sido derrotados, los pecados eliminados, las enfermedades curadas, los muertos resucitados, y que la justicia, la alegría y la paz reinarían en la tierra con el Mesías en el trono. Jesús llegó y dijo: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Mr. 1:15). Lo que quiso decir fue que en su propio ministerio, el reino liberador, salvador de Dios había llegado: “Si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios *ha llegado a vosotros*... he aquí el reino de Dios *está entre vosotros*” (Lc. 11:20; 17:21).

Pero había un misterio. Jesús lo llamó “el misterio del reino de Dios” (Mr. 4:11). El misterio era que este reino había entrado en la historia *antes* de su manifestación definitiva y triunfante. Aquí había cumplimiento, pero no había consumación.³ El reino llegaría en dos etapas. En la primera, el Mesías vendría a sufrir y en la segunda, el Mesías vendría en gloria (Lc. 24:46; Mr. 14:62).

VINO A SERVIR Y MORIR POR LOS PECADOS Y A RESUCITAR

Por lo tanto, la obra principal de Jesús en la tierra durante su primera venida fue sufrir y morir por el perdón de pecados. Él dijo: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mr. 10:45). Y en la Última Cena con sus discípulos, alzó la copa y dijo: “...porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mr. 26:28).

2. Vea Craig L. Blomberg, *Jesus and the Gospels* [Jesús y los Evangelios] (Nashville: Broadman & Holman, 1997), 401-412 para un útil panorama general de doce páginas sobre los títulos de Jesús en los Evangelios.

3. Vea George Ladd, *The Presence of the Future* [La presencia del futuro] (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1974) para un excelente y extenso enfoque sobre el reino de Dios en el ministerio de Jesús.

Morir no era su única misión, pero era fundamental. Al derramar su sangre, adquirió las promesas del nuevo pacto. El nuevo pacto era la promesa de Dios de que a todos los que entrarían en el reino que se aproximaba les perdonaría sus pecados, escribiría la ley en su corazón y conocerían a Dios personalmente (Jer. 31:31-34). Las bendiciones de este pacto son de crucial importancia para poder obedecer los mandamientos de Jesús, lo cual convierte su muerte en algo de suma importancia al haber logrado producir la obediencia imposible que Él exige.

Pero su misión entrañaba más. Cuando Juan el Bautista se sintió perplejo en cuanto a si Jesús era realmente el Mesías, le mandó un mensaje desde la prisión: “¿Eres tú aquel que había de venir, o esperamos a otro?” Jesús respondió: “Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (Mt. 11:3-6). En otras palabras: “Todo lo que sano y predico son una demostración de mi mesianismo, pero no se ofenda si no estoy cumpliendo las expectativas políticas de gobierno terrenal. Yo soy el que ha de venir, pero mi misión central (en esta primera venida) es sufrir: Dar mi vida en rescate por muchos”.

Cumplida su misión, después de tres días en el sepulcro, Jesús resucitó de los muertos. Este era el plan de Dios. Fue un acto de poder supremo sobre la muerte: “Nadie me la quita [la vida], sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Jn. 10:18). Cuando resucitó, se apareció a sus discípulos muchas veces y les dio prueba de que estaba físicamente vivo (Lc. 24:39-43). Les abrió las Escrituras para que comprendieran mejor cómo Él cumplía las promesas de Dios (Lc. 24:32, 45). Entonces les encargó que fueran sus testigos, les ordenó que esperaran por el Espíritu Santo prometido y ascendió al cielo (Lc. 24:46-51).

LA OBEEDIENCIA ES EL FRUTO DE SU OBRA Y LA DEMOSTRACIÓN DE SU GLORIA

Basado en quién era Él y lo que logró, Jesús planteó sus exigencias. Las exigencias no pueden separarse de su persona y su obra. La obediencia

que Él exige es el fruto de su *obra redentora* y la demostración de su *gloria personal*. Fue por eso que Él vino: A crear un pueblo que glorifique su reinado de gracia y produzca los frutos de su reino (Mt. 21:43).

Cuando Él dijo: “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10), se estaba refiriendo a Zaqueo que acaba de transformarse de tal manera que entregó la mitad de sus bienes a los pobres (Lc. 19:8). En otras palabras, el Hijo del Hombre vino a salvar a las personas de su pasión suicida por los bienes (y por cualquier otro ídolo) y conducirlos a una clase de obediencia imposible que demuestra el valor infinito de Jesús. Por ende, mi empeño en este libro ha sido el de mantener unidos el significado y la motivación de los mandatos de Jesús, la grandeza de su obra y la gloria de su persona.

UNAS PALABRAS SOBRE EL MÉTODO

Más adelante, en “Unas palabras a los especialistas en textos bíblicos” (el cual invito a que todos lean!), entraré en detalles sobre la metodología, pero me parece bueno incluir aquí algunas decisiones rectoras esenciales que he tomado. Mi método consiste en reflexionar en el significado y la motivación de las exigencias de Jesús *según aparecen en las Escrituras del Nuevo Testamento* en el contexto de su persona y su obra. No cito el resto del Nuevo Testamento para mi comprensión de Jesús en las Escrituras. Citar todo el Nuevo Testamento es algo totalmente legítimo y cuando predico, no dudo en usar las Escrituras de donde sea a fin de ayudar a aclarar un pasaje, siempre que yo no cambie el significado de ninguno de los dos textos. Pero en este libro he ofrecido mi versión de Jesús casi completamente según el prisma de sus propias palabras según estas aparecen en las Escrituras. Uno de mis objetivos secundarios en esta propuesta es el de estimular la confianza en la unidad del Nuevo Testamento, puesto que el resultado final de esta representación es muy compatible con lo que enseñaron los otros escritores del Nuevo Testamento.

¿POR QUÉ ESTE TÍTULO PARA EL LIBRO?

Unas palabras sobre el título *Lo que Jesús exige del mundo*. Sé que la palabra *exige* suena discordante a muchos oídos modernos. Suena fuerte,

severa, estricta, cruda, austera, áspera. La razón por la que escogí esa palabra es para hacer frente a algunas de las causas subyacentes de por qué sería ofensivo representar a Jesús como exigente. Tengo la convicción de que si entendemos correctamente las exigencias de Jesús y si estamos dispuestos a encontrar en Él nuestra alegría suprema, sus exigencias no parecerán severas, sino dulces. Caerían sobre nosotros como cayeron las exigencias de la Dama sobre los animales en la novela *Perelandra* de C. S. Lewis: “Si yo les ordenara a los animales que caminaran sobre la cabeza, no lo encontrarían penoso. Caminar sobre la cabeza se convertiría en su deleite. Yo soy el animal de Él y todas sus órdenes son alegrías”.⁴

Pero sería falso y superficial dar la impresión de que Jesús no habla de forma cruda y severa. Esto sucede no solo con sus *adversarios*: los escribas y los fariseos, por ejemplo, en Mateo 23 donde los llama “hijos del infierno” (v. 15), “necios y ciegos” (v. 17), “guías ciegos” (vv. 16, 24), “hipócritas” (v. 27), “sepulcros blanqueados” (v. 27), y “generación de víboras” (v. 33); sino también con sus discípulos, por ejemplo, Él dice: “Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos...” (Mt. 7:11); y a Pedro: “¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (Mt. 8:33); y de nuevo a Pedro refiriéndose al destino de Juan: “¿Qué a ti? Sígueme tú” (Jn. 21:22). Y después de una enseñanza tajante y estremecedora en Juan 6: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna” (v. 54), Juan comenta que “Al oírías, muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?... Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (vv. 60, 66). Tal fue el precio de la forma en que habló. Mi objetivo no es minimizar las severas implicaciones de la palabra “exige” o suavizar las “duras” palabras de Jesús; el objetivo es que cambiemos en nuestro corazón y nuestro entendimiento en tal grado que el Jesús duro sea tan dulce como el Jesús tierno.

AUTORIDAD E INTIMIDAD BAJO LA COMISIÓN FINAL

Ese es mi objetivo. Uno puede percibir cómo los dos se unen en lo que

4. C. S. Lewis, *Perelandra* (Londres: Macmillan, 1973), 76.

Jesús expresa a cada lado de su mandato final de hacer discípulos. Por un lado, dice: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18). Y por el otro expresa: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20). Uno dice: “Yo pongo exigencias porque tengo el derecho a hacerlo. Toda la autoridad del universo es mía”. El otro expresa: “Yo pongo exigencias porque te ayudaré. Estaré contigo siempre”.

He tratado de estructurar los capítulos del libro de manera que el lector transite de los más cortos y de las exigencias más suaves hacia las exigencias más difíciles (pero no menos preciosas) de Jesús.⁵ Esto no es simplemente una cuestión estilística o táctica; es teológicamente adecuada. La mayoría de los primeros diecinueve capítulos no exigen una acción externa; tratan esencialmente sobre lo que sucede en la mente y el corazón. Aparecen primero porque la clase de obediencia que Jesús exige se mueve de adentro (donde se disfruta el valor de Jesús) hacia afuera (donde se muestra el valor de Jesús).

De estos capítulos, los siete primeros son: “Es necesario nacer de nuevo”, “Arrepentíos”, “Venid a mí”, “Creed en mí”, “Amadme”, “Escuchadme”, y “Permaneced en mí”. Cuando estas exigencias se analizan en su verdadera dimensión, convierten la absoluta autoridad de Jesús en un tesoro de alegría bendita. Cuando la persona más gloriosa del universo paga todas mis deudas (Mt. 20:28) y luego exige que vaya a vivir con Él y entre en su gozo (Mt. 25:21), no puede haber exigencia más deseable que se pueda imaginar. A Él le digo junto con Agustín: “Ordena lo que desees, pero da lo que ordenes”.⁶

¿SE ATREVE ÉL A EXIGIRLE AL MUNDO ENTERO?

La otra palabra que suena provocadora es “mundo”: *Lo que Jesús exige del mundo*. Aquí surgen dos objeciones. Una de ellas es: ¿Le puso exigencias al mundo entero? La otra es: ¿Se atreve Él a exigirle al mundo entero?

5. Vea las pp. 34-35 para conocer cómo escogí los mandatos incluidos en el libro.

6. Agustín, *Confesiones*, trad. R. S. Pine-Coffin (Nueva York: Penguin, 1961), 40 (X, xxxix).

Uno pudiera preguntarse: ¿Jesús le puso todas estas exigencias al mundo o se las puso solo a sus discípulos? ¿Esta es una ética solo para el mundo o solo para los seguidores de Jesús? La respuesta es esta: Las exigencias que les puso solo a sus discípulos también son válidas para el mundo, porque Él exige que todas las personas en todas partes se conviertan en sus discípulos. Esa es la tesis de su mandato final: “Por tanto, id, y haced discípulos a *todas las naciones*, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mt. 28:19-20). Jesús se atreve a reclamarle “a todas las naciones”. A todos los grupos étnicos del planeta.⁷ No hay excepciones. Jesús no es una deidad tribal. A Él pertenece toda la autoridad del universo y toda la creación le debe lealtad.

AVANZA CON TODA AUTORIDAD, PERO SIN ESPADA

Él no envía a su pueblo a hacer discípulos con una espada. Su reino no se manifiesta por la fuerza, sino por la verdad, el amor, el sacrificio y el poder de Dios: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían (Jn. 18:36). Los seguidores de Jesús no matan para extender su reino; mueren: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mt. 8:34); “...matarán a algunos de vosotros...” (Lc. 21:16). No solo matarán a los seguidores de Jesús, sino que lo harán en nombre de su religión: “...viene la hora, dice Jesús, cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios” (Jn. 16:2).

Jesús tiene toda la autoridad en el cielo y en la tierra, pero por ahora refrena su poder. No siempre lo usa para evitar el dolor de su pueblo, aunque pudiera hacerlo y a veces lo hace. Él está con nosotros hasta el fin de la era, pero no siempre para rescatarnos del mal. Nos pide que sigamos por el mismo camino que siguió Él: “Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán...” (Jn. 15:20); “Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?” (Mt. 10:25).

7. En los dos capítulos finales del presente libro, expreso las implicaciones que tiene este versículo para el mundo y explico con mayor profundidad el significado de “todas las naciones”.

La autoridad universal de Jesús crea una misión de *enseñanza*, no una misión de terror. Su objetivo es la obediencia que glorifica a Dios en todos sus mandamientos. La clase de obediencia que glorifica a Dios es libre y jubilosa, no limitada ni intimidante. Aun cuando el costo es supremo, el júbilo es triunfante porque la causa de Jesús no puede fallar: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos” (Mt. 5:11-12). Es una misión costosa, pero es una misión de júbilo.

Mi oración por este libro es que sirva para esa misión global: la de hacer “discípulos a todas las naciones... *enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado...*” Ruego ser un eco fiel de Jesús cuando dijo: “El que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo” (Jn. 8:26).

UNAS PALABRAS A LOS ESTUDIOSOS DE LA BIBLIA (Y A LOS QUE SE PREGUNTAN QUÉ ESTÁN HACIENDO)

Se necesita muy poca imaginación para oír a un estudioso del Nuevo Testamento decir: “¡Santo cielo, Piper ignora completamente doscientos años de búsqueda crítica del Jesús histórico!” Entendería la respuesta; sin embargo, no es correcto del todo. “Ignora” no es la palabra apropiada. Sería más exacto decir que yo considero que la mayor parte del fruto de esa búsqueda ni es fiable, ni utilizable para lograr lo que Jesús se propone lograr en el mundo.

¿CUÁL ES EL FRUTO DE LA BÚSQUEDA DEL JESÚS HISTÓRICO?

En este sentido, muy poco ha cambiado desde 1931 cuando Edwyn Hoskyns y Noel Davey escribieron: “No hay ‘resultados seguros’ de la crítica del Nuevo Testamento”.¹ Lo que esto significa con respecto de la búsqueda del Jesús histórico no es que no se pueda decir nada seguro sobre Jesús, sino que la tarea de buscar fuera de las cuatro Escrituras del Nuevo Testamento lo lanza a uno en un mar de especulaciones que no conduce a ninguna parte que pueda llamarse un retrato fidedigno de Jesús.²

1. Sir Edwyn Hoskyns y Noel Davey, *El enigma del Nuevo Testamento* (Londres: Faber and Faber Limited, 1931), 259.

2. Ben Witherington III ofrece la siguiente valoración de las dos primeras búsquedas: “El resultado final de las dos primeras búsquedas, más que todo, fue la revelación de las frustrantes limitaciones del estudio histórico de cualquier persona antigua... Nada es

Los estudiosos hablan de tres búsquedas del Jesús histórico. La primera búsqueda tiene sus orígenes en Baruch Spinoza (1632–1677), desarrollada luego por Hermann Reimarus (1694–1768), David Friedrich Strauss (1808–1874), William Wrede (1859–1906), entre otros. Terminó bajo el doble ataque de Alberto Schweitzer (1875–1965), quien argumentó que no era lo bastante radical, y Martín Kähler (1835–1912), quien argumentó que el Jesús histórico, de acuerdo con la reconstrucción de los críticos, no era el “Cristo bíblico histórico” y por tanto, no le era útil a la fe de la iglesia.³

La segunda búsqueda del Jesús histórico fue emprendida en 1953 por el discípulo de Bultmann, Ernesto Käsemann. Estos eran los gigantes alemanes con los que yo creía que tenía que llegar a un acuerdo en mis primeros tiempos después de graduado en Munich, a principios de la década de 1970. Curiosamente, tanto Bultmann como Käsemann vivieron noventa y dos años. Pero Bultmann ya no estaba activo a principios de la década de 1970; murió en 1976. Käsemann tenía sesenta y tantos años cuando yo estudiaba en Alemania, pero solo lo vi brevemente en un Seminario en París. Junto con Günther Bornkamm, estos tres fueron los guardianes de la historia crítica a quienes tuve que tomar en cuenta, independientemente de cualquier sentencia de Jesús citada por mí en mi disertación doctoral sobre su mandato de amor.

más efímero que las últimas tendencias del estudio del Nuevo Testamento, incluso los estudios sobre el Jesús histórico. Esto se ve fácilmente al revisar las tendencias y el efecto de la segunda búsqueda del Jesús histórico, lo cual nos propongo, entre otras cosas, a un Jesús existencialista. El Jesús histórico y el Jesús que puede reconstruirse mediante el método crítico-histórico no son la misma persona. Es más, el Jesús que se reconstruye mediante el uso idiosincrásico del método crítico-histórico o que se basa en la reducción del ámbito de atención a unos cuantos pasajes, puede tener solo relaciones mínimas con el verdadero Jesús”. *The Jesus Quest: The Third Search for the Jew of Nazareth* [La búsqueda de Jesús: La tercera búsqueda del judío de Nazaret] (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1995), 247.

3. Todos los documentos pertinentes de estos y otros escritores se encuentran reunidos en un solo volumen: *The Historical Jesus Quest: Landmarks in the Search for the Jesus of History* [La búsqueda del Jesús histórico: Hitos en la búsqueda del Jesús de la historia], ed. Gregory W. Daves (Louisville: Westminster John Knox, 1999). Otra útil colección de ensayos históricos sobre la búsqueda del Jesús histórico es *The Historical Jesus in Recent Research* [El Jesús histórico en búsquedas recientes], ed. James D. G. Dunn y Scot McKnight, *Sources for Biblical Theological Study* [Fuentes para el estudio teológico bíblico], vol. 10 (Winona Lake, Ind.: Eisenbrauns, 2005).

LAS RAÍCES DE LA DESILUSIÓN

El resultado final de aquella época en Alemania fue una creciente desilusión con la tarea histórica de reconstruir a un Jesús de la historia detrás de la representación unificada de este en las Escrituras del Nuevo Testamento. Detecté una buena dosis de lo que al parecer era falsedad intelectual. Un artículo teórico debiera comenzar con no pocas palabras tales como “quizás”, “probablemente”, “posiblemente”, así como otros calificativos, pero al final del artículo habría surgido (de la nada, me pareció a mí) la confianza de que se había hallado algo fiable y útil. En cuanto a mí, veía cómo cuantiosos cerebros construían, con un grandioso toque académico, un castillo de naipes.

Tener sesenta años tiene sus convenientes. He visto derrumbarse los castillos de naipes una y otra vez. Por ejemplo, ¿quién de nosotros hoy día puede ofrecer una explicación sería de las reconstrucciones del Jesús histórico hechas por Milán Machovec (*Jesus für Atheisten*, 1972), Herbert Braun (*Jesus*, 1969), o Kurt Niedewimmer (*Jesus*, 1968)? Pero estas fueron las reconstrucciones de vanguardia que, según el criterio del gremio, tuve que aceptar. Los dos primeros chocaban con Bulmann en cuanto a que el reino de Dios en el ministerio de Jesús era una construcción mitológica con la que se pudiera dispensar en la actualidad cuando encontramos el significado político (Machovec era marxista) y existencial de Jesús. Niedewimmer explotó, según lo que se señalaba en la sobrecubierta del libro, “el resultado seguro de la psicología del inconsciente” para hallar en el reino de Dios “la objetivación de un proceso colectivo de conciencia”. No me impresionó el fruto de la segunda búsqueda. Había visto cosas gloriosas en el Jesús de los Evangelios y la búsqueda me ofrecía cáscaras y cenizas.

Me sentía a gusto con las asombrosas palabras de Adolfo Schlatter cuando definió lo que él consideraba que debía ser el saber (*die Wissenschaft*):

“Me mantengo lo más alejado posible de las conjeturas y así evito el esfuerzo de revocarlas. Esto no me parece que sea provechoso, pues las conjeturas no se revocan haciendo más conjeturas. Estas se deshacen cuando uno ve que la observación es más fructífera

que la conjetura.... Yo describo el *Wissenschaft* (saber) como la observación de lo que existe (*des Vorhandenen*), no el intento de imaginar lo que no es visible. Quizás alguien pudiera objetar que el proceso de hacer conjeturas emocional y entretiene, mientras que el de la observación es un trabajo duro y difícil. Esto es verdad; recrearse es más fácil que trabajar. Pero el evangelio se interpreta mal cuando se convierte en un juego”.⁴

Creía en mí la convicción de que la vida es demasiado corta y la Iglesia demasiado valiosa para que un ministro de la Palabra dedique su vida tratando de recrear un Jesús producto de las conjeturas. Había mucho que hacer, muchísimo, para ver qué hay realmente en la representación divina de Jesús en los Evangelios del Nuevo Testamento.

¿QUÉ ESPERANZAS HAY PARA LA TERCERA BÚSQUEDA?

La tercera búsqueda del Jesús histórico “comenzó a principios de la década de 1980 alimentada por nueva información arqueológica y manuscrita, nuevas mejoras metodológicas y un nuevo entusiasmo en cuanto a que la investigación histórica no tenía que conducir a un callejón sin salida”⁵; aún continúa y existen datos sobre lo que está sucediendo.⁶ Ben Witherington hace la siguiente observación: “[E]l deseo de decir algo nuevo y fresco caracteriza a casi todas las obras [sobre la tercera búsqueda] que se analizan en este estudio, a veces al extremo de preferir lo nuevo por encima de lo probable”.⁷ Mi valoración particular de lo que está sucediendo es la siguiente: En la medida en que las actuales reconstrucciones del Jesús histórico busquen fuera de la representación

4. Adolf Schlatter, *Der Evangelist Matthäus*, sexta edición (Stuttgart: Calver Verlag, 1963), xi. Mi traducción.

5. Witherington, *The Jesus Quest* [La búsqueda de Jesús], 12-13.

6. Además del cuadro panorámico de Witherington citado en el anterior pie de nota, vea Larry Hurtado, “A taxonomy of Recent Historical-Jesus Work”, [Taxonomía de trabajos recientes sobre el Jesús histórico] en *Whose Historical Jesus?* [¿El Jesús histórico de quién?] ed. William E. Arnal y Michel Desjardins (Waterloo, Ontario: Wilfrid Laurier University Press, 1997), 272-295; Jonathan Knight, *Jesus: An Historical and Theological Investigation* [Jesús: Una investigación histórica y teológica] (Londres: T&T Clark International, 2004), 15-56; *The Historical Jesus in Recent Research* [El Jesús histórico en búsquedas recientes], ed. Dunn y McKnight.

7. Witherington, *The Jesus Quest* [La búsqueda de Jesús], 247.

que se encuentra en los Evangelios del Nuevo Testamento, estas serán olvidadas de la misma manera en que Machovec, Braun y Niederwimmer han sido olvidados.

Hay razones para ello.

En primer lugar, nunca se ha reconstruido un retrato perdurable ni confiable de Jesús remitiéndose a algo aparte de lo que describen los cuatro Evangelios. No hay razón para pensar que esto cambie. La razón se encuentra a la mano: Cuando se abandona *das Vorhandenen* (lo que existe a la mano) por las conjeturas, el saber se convierte en un juego académico. Lo que se necesita para darle vida al juego son los juguetes, y todo el mundo sabe que el mercado y la academia exigen nuevos juguetes en cada generación. No pueden durar. La tragedia consiste en el daño que les hacen a las personas que no tienen raíces en los Evangelios... ni la ventaja de tener sesenta años.

LOS EVANGELIOS NO HAN SIDO DERROCADOS

En segundo lugar, la representación que se hace de Jesús en los cuatro Evangelios no ha sido derrocada por el saber. La apariencia de derrocamiento surge de la creación injustificada de criterios de autenticidad que por definición descartan aspectos de la descripción del Nuevo Testamento. Gracias a Dios, Él ha formado a varias generaciones de cuidadosos, rigurosos y fieles estudiosos que no se intimidan ante los críticos radicales y que, pacientemente, trabajan por establecer la credibilidad histórica de los cuatro Evangelios. Le doy gracias a Dios por ellos. Lo que yo quiero decir no es que ellos aporten prueba de los Evangelios, sino que ellos muestran que los ataques contra la validez histórica de la descripción de Jesús en los Evangelios no son convincentes.⁸

8. En este sentido, los siguientes libros brindan argumentos contrarios a la tercera búsqueda y la búsqueda en general: Craig L. Blomberg, *The Historical Reliability of the Gospels* [La fiabilidad histórica de los Evangelios], (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1987); Craig L. Blomberg, *Jesus and the Gospels* [Jesús y los Evangelios] (Nashville: Broadman & Holman, 1997); Craig L. Blomberg, *La fiabilidad histórica del Evangelio de Juan*, (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1998); D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan] (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1991), 40-68; *Jesús bajo sospecha*, ed. Michael J. Wilkins y J. P. Moreland (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1995); Paul Barnett, *The Truth About Jesus: The Challenge of the Evidence* [La verdad sobre Jesús: El reto de la evidencia] (Sydney: Aquila Press, 1994); Luke Timothy Johnson,

LOS FRAGMENTOS CONDUCEN A RECONSTRUCCIONES ARBITRARIAS

En tercer lugar, tratar de reconstruir un retrato confiable y convincente de Jesús fuera de los Evangelios es una ilusión porque, por definición, el método adoptado solo aporta fragmentos sin un contexto inmediato. Los dichos y acontecimientos inconexos solo pueden relacionarse arbitrariamente. Eso significa que la mente del estudioso y no la realidad de Jesús es la que rige en la reconstrucción. Luke Timothy Johnson ha demostrado esto eficazmente:

“Cuando las composiciones están fragmentadas, cortadas en pequeños pedazos y dispuestas en secuencia arbitraria, no funcionan en absoluto. Las composiciones literarias del Nuevo Testamento se analizan mejor cuando se respeta y se valora su integridad literaria. Vistas de esta manera, pueden considerarse testigos e interpretaciones de la experiencia y las convicciones religiosas.”⁹

SOLO LOS EVANGELIOS PERMANECEN

En cuarto lugar, la descripción de Jesús en los Evangelios del Nuevo Testamento es la única representación que tiene posibilidades de configurar la Iglesia y el mundo en el futuro. Esto se debe a que es la única a la que las personas tienen acceso. No importa lo que los “buscadores” elaboren, por lo general, solo un puñado de personas lo leerán. Y aunque lo conviertan en un éxito de taquilla cinematográfico que millones de personas vean, en diez años será poco menos que un recuerdo, mientras

The Real Jesús: The Misguided Quest for the Historical Jesus and the Truth of the Traditional Gospels [El verdadero Jesús: La búsqueda equivocada del Jesús histórico y la verdad sobre los Evangelios tradicionales] (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1996); Gregory Boyd, *Cynic, Sage or Son of God? Recovering the Real Jesus in an Age of Revisionist Replies* [¿Cínico, Sabio o Hijo de Dios? La recuperación del verdadero Jesús en una época de respuestas revisionistas] (Grand Rapids, Mich.: Baker, 1995); Gary Habermas, *The Historical Jesus: Ancient Evidence for the Life of Christ* [El Jesús histórico: Evidencia antigua de la vida de Cristo] (Joplin, Mo.: College Press, 1996); Lee Strobel, *Caso de Cristo: Una investigación exhaustiva* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1998).

9. Johnson, *The Real Jesus* [El verdadero Jesús], 167.

que los Evangelios aún estarán en manos de las masas. Apuesto a que esto fue idea de Dios y que valdrá todo el aliento que me queda tratar de comprender lo que realmente contiene y enseñarlo fielmente.

EL ENFOQUE QUE SIGO EN ESTE LIBRO

Además de lo que dije acerca del método bajo el subtítulo “Unas palabras sobre el método” en la Introducción, pudiera ser útil señalar aquí que el proceso de selección de cuáles mandatos analizaría fue una tarea compleja. Recopilé y anoté todos los mandatos mediante la lectura de los Evangelios. Esto incluyó mandatos implícitos (por ejemplo, “bienaventurados los misericordiosos” da a entender “sé misericordioso”). La lista tenía más de quinientas entradas, contando las múltiples reafirmaciones entre los Evangelios.

El siguiente paso fue el de diferenciar los mandatos que tendrían una trascendencia perdurable para la fe y la vida. Esto es, excluí mandatos tales como “Toma tu lecho, y vete a tu casa” (Mr. 2:11). Finalmente, estubo el proceso de agrupamiento y clasificación. Después de varias revisiones, logré incluir todos los mandatos en unas treinta categorías. Estos agrupamientos conformaron la estructura inicial de los capítulos. Algunos se ampliaron y los capítulos se dividieron en dos o más. De ahí, el número redondo de cincuenta capítulos. Yo no digo que me haya referido a todos los mandatos. Mi esperanza es que se hayan tratado suficientes categorías y suficientes mandatos específicos que puedan, incluso, servir de ayuda en el caso de los que pueda haber pasado por alto.

EL JESÚS DE LOS EVANGELIOS ES EL MÁS RADICAL

La quinta y última razón de por qué los intentos de reconstrucciones de Jesús fuera de los Evangelios no perdurarán y no lograrán configurar la Iglesia a largo plazo es que el Jesús más radical es el representado en los Evangelios. Son muchas las reconstrucciones fuera de los Evangelios que están motivadas por el deseo de liberar a Jesús de las tradiciones domesticadas de la Iglesia que lo colocan en este mundo de maneras previsibles y comprometedoras. Ese es un buen deseo; pero su enfoque logra precisamente lo opuesto de lo que se espera. En la medida en que la Iglesia está entrenada para desconfiar en el Jesús de los Evangelios y

buscar nuevas creaciones humanas de Cristo, el verdadero Jesús se hace menos claro y su poder de liberarse de las tradiciones no bíblicas que lo atan queda atenuado.

Este es el argumento que Luke Timothy Johnson demuestra tan bien: La necesidad crítica en la Iglesia y el mundo es la del “verdadero Jesús” de los Evangelios. Las palabras de Johnson constituyen una oportuna conclusión a estas “Palabras a los estudiosos de la Biblia”, así como una plataforma de lanzamiento para *Lo que Jesús exige del mundo*.

“¿La Iglesia actúa de manera triunfalista o trata a sus feligreses arrogantemente? ¿Es un agente para la supresión de las necesidades y aspiraciones humanas? ¿Promueve la intolerancia y la estrechez de miras? ¿La Iglesia proclama un evangelio de éxito y ofrece a Jesús como mejor socio comercial? ¿Estimula el espíritu de prosperidad ignorando el bien de la tierra, o una espiritualidad individualista ignorando a los necesitados del mundo? ¿Sus dirigentes son corruptos y coercitivos? No hay crítico más severo ni rechazador más radical de tales distorsiones del cristianismo que el Jesús que se encuentra en las páginas del Nuevo Testamento, el Jesús que se despojó a sí mismo por el bien de los demás y exhortó a sus seguidores a que hicieran lo mismo.

El Jesús a quien San Francisco de Asís apeló en su llamado por una Iglesia pobre y generosa en vez de poderosa y avariciosa no fue el Jesús histórico, sino el Jesús de los Evangelios. Uno se tiene que preguntar por qué este Jesús no es también el ‘Jesús verdadero’ para aquellos que declaran sus deseos de verdad religiosa, integridad teológica e historia sincera”.¹⁰

10. *Ibid.*, 177.

Exigencia #1

OS ES NECESARIO NACER DE NUEVO

“Respondió Jesús: ... No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo” (Jn. 3:5, 7).

“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:3).

En el tercer capítulo del Evangelio de Juan, Jesús le habla a “...un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos” (Jn. 3:1). Los fariseos eran los especialistas en las Escrituras judías. Es por eso que Jesús se sorprendió de que Nicodemo se sintiera desconcertado ante lo que Él quiso decir con “es necesario nacer de nuevo”. Nicodemo preguntó: “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?” (Jn. 3:4). Jesús respondió: “¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?” (Jn. 3:10).

PONDRE ESPÍRITU NUEVO DENTRO DE VOSOTROS

En otras palabras, un especialista en las Escrituras judías no debe sentirse desconcertado por la exigencia de Jesús de “es necesario nacer de nuevo”. ¿Y por qué es eso? Porque existen muchas evidencias en las Escrituras judías que Jesús y Nicodemo tenían en común. Dios prometió que llegaría un día en que su pueblo volvería a nacer. Una de las promesas más claras de Dios se encuentra en el libro de Ezequiel. Jesús reiteró las palabras de Ezequiel cuando dijo: “...el que no naciere de agua y del

Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Jn. 3:5). “Nacer de nuevo” se describe como el nacimiento de agua y del Espíritu. Los dos términos, “agua” y “Espíritu”, están enlazados en Ezequiel 36:25-27. Dios dice:

“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra”.

Dios promete limpiar todos los pecados y el don de un nuevo espíritu humano por la presencia de su propio Espíritu divino. Jesús piensa que Nicodemo debiera poder relacionar su exigencia de nacer de nuevo con la promesa de Ezequiel de un nuevo espíritu y el don del Espíritu de Dios, pero no lo hace, por lo que Jesús continúa explicando y describe cuál es la función del Espíritu divino en la creación de este nuevo espíritu: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Jn. 3:6).

LOS MUERTOS NO PUEDEN VER

Carne es lo que somos por naturaleza. Se refiere a la humanidad común. Esta condición humana natural, como la conocemos, no tiene vida espiritualmente. No nacemos espiritualmente vivos con un corazón que ama a Dios; nacemos espiritualmente muertos.

Eso fue lo que Jesús dio a entender cuando le dijo a un futuro discípulo que quería ir a su casa a un funeral: “Deja que los *muertos* entierren a sus muertos” (Lc. 9:60). En otras palabras, algunas personas están físicamente muertas y necesitan que se entierren. Algunas están espiritualmente muertas y pueden enterrarlas. Lo volvió a insinuar cuando en la parábola del hijo pródigo, el padre dice: “Este mi hijo *muerto* era, y ha revivido (Lc. 15:24). Es por eso que “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:3). Los muertos no pueden ver; es decir, no pueden ver el reino de Dios como supremamente deseable. Parece tonto, o mítico,

o aburrido; por lo tanto, “no pueden entrar en el reino de Dios” (Jn. 3:5). No pueden porque para ellos es una tontería.

Jesús vea toda la humanidad dividida en dos partes: Los que simplemente nacen una vez, “nacido de la carne”, “los muertos (espiritualmente)”, y los que han de “nacer de nuevo” por el Espíritu de Dios: los que están vivos para Dios y consideran su reino como verdadero y supremamente deseable.

EL VIENTO SOPLA DE DONDE QUIERE

Nicodemo no está completamente equivocado en su desconcierto. Hay un misterio. Jesús lo dice en Juan 3:8: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”. En otras palabras: Nicodemo, tú necesitas una nueva vida espiritual, un segundo nacimiento.

Y lo que Jesús exige de Nicodemo, lo exige de todos. Les está hablando a todas las personas en el mundo, no excluye a nadie. Ningún grupo étnico tiene más aptitud para la vida. Lo muerto es muerto, cualquiera que sea el color, el origen étnico, la cultura o la clase. Necesitamos ojos espirituales. Nuestro primer nacimiento no nos permitirá entrar en el reino de Dios, pero nosotros no tenemos el poder para nacer de nuevo, eso lo hace el Espíritu. Este es libre y sopla de maneras que no entendemos. Necesitamos nacer de nuevo, pero eso es un don de Dios.

Aparte la mirada de sí mismo. Busque en Dios lo que solo Él puede hacer por usted. Un mejoramiento moral de su antiguo yo no es lo que usted necesita. Lo que el mundo entero necesita es una vida nueva. Esto es radical y sobrenatural, está fuera de nuestro control. Los muertos no pueden darse una nueva vida. Es necesario nacer de nuevo, “no... de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Jn. 1:13). Eso es lo que Jesús exige del mundo.

Exigencia #2

ARREPENTÍOS

“Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt. 4:17).

“No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lc. 5:32).

“Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán, porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar” (Mt. 12:41).

“...si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lc. 13:3, 5).

La primera exigencia del ministerio público de Dios fue “Arrepentíos”. Este mandato lo expresó indiscriminadamente a todas las personas dispuestas a escucharlo. Fue un llamado al cambio radical interior hacia Dios y los hombres.

¿QUÉ ES EL ARREPENTIMIENTO?

Hay dos cosas que nos muestran que el arrepentimiento es más un cambio interno de la mente y el corazón que la mera pena por haber pecado o el mero mejoramiento de la conducta. En primer lugar, el significado de la palabra griega detrás de la palabra “arrepentirse” (μετάνοέω, *metanoō*) señala en esa dirección. Tiene dos partes: *Meta* y *noēō*. La segunda parte (*noēō*) se refiere a la mente, sus pensamientos, percepciones, disposiciones y propósitos. La primera parte (*meta*) es un prefijo que normalmente significa movimiento o cambio. De acuerdo con

la forma en que este prefijo funciona,¹ podemos inferir que el significado básico de arrepentirse es el de experimentar un cambio en las percepciones, disposiciones y propósitos de la mente.

El otro factor que apunta a este significado de *arrepentirse* es la forma en que en Lucas 3:8 se describe la relación entre el arrepentimiento y la nueva conducta. Dice: “Haced... frutos *dignos de arrepentimiento*”. Después da ejemplos de frutos: “El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo” (Lc. 3:11). Esto significa que arrepentirse es lo que sucede dentro de nosotros. Luego este cambio conduce a los frutos de la nueva conducta. El arrepentimiento no son las nuevas acciones, sino el cambio interior que produce el fruto de las nuevas acciones. Jesús exige que experimentemos este cambio interior.

EL PECADO: UN ATAQUE CONTRA DIOS

¿Por qué? Su respuesta es que somos pecadores: “No he venido a llamar a justos, sino a *pecadores* al arrepentimiento” (Lc. 5:32). ¿Qué opinaba Jesús sobre el pecado? En la parábola del hijo pródigo, el Señor describe el pecado del hijo de la siguiente manera: “Desperdió sus bienes viviendo perdidamente... (y) ha consumido tus bienes con rameras” (Lc. 15:13, 30). Pero cuando el hijo pródigo se arrepiente, dice: “Padre, he pecado *contra el cielo* y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (Lc. 15:21). Por lo tanto, desperdiciar la vida viviendo perdidamente y con rameras no es solo humanamente hiriente; es una ofensa contra el cielo, es decir, contra Dios. Esa es la naturaleza fundamental del pecado. Es un ataque contra Dios.

Esto lo vemos de nuevo en la forma en que Jesús enseñó a orar a sus discípulos. Él dijo que ellos debían orar: “Perdónanos nuestros *pecados*, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos *deben*” (Lc. 11:4). En otras palabras, los pecados que Dios perdona se comparan con los

1. Por ejemplo, *meta* se usa como prefijo en las palabras *metabainō* (traslado de un lugar a otro), *metaballō* (cambiar la manera de pensar de uno), *metagō* (conducir o mover de un lugar a otro), *metatithēmi* (transportar de un lugar a otro, poner en otro lugar, trasladar), *metamorphōō* (cambiar de manera visible para los demás, transfigurarse), *metastrephō* (causar un cambio de estado o condición, cambiar, alterar) y *metaschematizō* (cambiar la forma de algo, transformar, cambiar), etc.

pecados que las personas comenten contra nosotros y se les da el nombre *deudas*. Por lo tanto, Jesús opinaba que el pecado deshonra a Dios y nos pone en deuda para restablecer el honor divino que nosotros difamamos mediante nuestra conducta o actitud denigrante hacia Él. Luego veremos cómo esa deuda la paga Jesús mismo (Mr. 10:45). Pero para que podamos disfrutar de ese don, Él dice que debemos arrepentirnos.

Arrepentirse significa experimentar un cambio de mentalidad para que podamos ver a Dios como verdadero, hermoso y digno de toda nuestra alabanza y de toda nuestra obediencia. Este cambio de mentalidad también incluye a Jesús de la misma manera. Esto lo sabemos porque este dijo: “Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido” (Jn. 8:42). Ver a Dios con una nueva mentalidad incluye ver a Jesús con una mentalidad renovada.

LA NECESIDAD UNIVERSAL DE ARREPENTIMIENTO

Nadie queda fuera de la exigencia de Jesús al arrepentimiento. Esto lo dejó claro cuando un grupo de personas fue a llevarle noticias de dos desastres: Personas inocentes habían perecido debido a la masacre cometida por Pilato y a la caída de la torre en Siloé (Lc. 13:1-4). Jesús aprovechó la ocasión para advertir, incluso, a los portadores de la noticia: “...si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lc. 13:5). En otras palabras, no piensen que los desastres significan que algunas personas son pecadoras necesitadas de arrepentimiento y otras no. Todas necesitan arrepentirse. De la misma manera que todas necesitan nacer de nuevo (Jn. 3:7), todas deben arrepentirse porque todas son pecadoras.

Cuando Jesús dijo: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lc. 5:32), no quiso decir que hay personas que sean tan buenas que no necesitan de arrepentimiento. Él quiso decir que algunas personas *piensan* que lo son (Lc. 18:9) y otras ya se han arrepentido y se han arreglado con Dios. Por ejemplo, el rico y joven gobernante deseaba “justificarse a sí mismo” (Lc. 10:29), mientras que “el publicano... se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. [Y] descendió a su casa justificado [por Dios]” (Lc. 18:13-14). (Vea la *Exigencia* #20 para más detalles sobre Lucas 18:9-15.)

HAY URGENCIA DE ESTA EXIGENCIA PORQUE EL JUICIO ESTÁ LLEGANDO

Por tanto, nadie queda excluido. Todos necesitan de arrepentimiento. Y la necesidad es urgente. Jesús dijo: “...si no os arrepentís, todos *pereceréis* igualmente”. ¿Qué quiso decir con *pereceréis*? Quiso decir que el juicio final de Dios caerá sobre los que no se arrepientan: “Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar” (Mt. 12:41). Jesús, el Hijo de Dios, les está advirtiendo a las personas sobre el juicio que llegará y ofrece escape si nos arrepentimos. Si no nos arrepentimos, Jesús tiene un mensaje para nosotros: “¡Ay de ti...!” (Mt. 11:21).

Es por esto que su exigencia al arrepentimiento es parte de su mensaje central respecto al reino de Dios. Él predicó que el muy esperado reino de Dios está presente en su ministerio: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Mt. 1:15). El evangelio, la buena nueva, es que la regla de Dios ha llegado en Jesús para salvar a los pecadores antes de que llegue el reino en su segunda venida en juicio. Luego, la exigencia de arrepentirse se basa en el misericordioso ofrecimiento que está presente de perdonar y en la misericordiosa advertencia de que un día aquellas personas que rechacen el ofrecimiento perecerán en el juicio de Dios.

A TODAS LAS NACIONES COMENZANDO DESDE JERUSALÉN

Después de haber resucitado de los muertos, Jesús se aseguró que sus apóstoles continuarían el llamado de arrepentimiento por todo el mundo. Él dijo: “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lc. 24:46-47), por lo que la exigencia de Jesús al arrepentimiento es para todas las naciones. Esta es la exigencia de Cristo a todas las personas: Arrepéntanse. Cambien desde lo más profundo. Sustituyan todas las percepciones, disposiciones y propósitos que deshonran a Dios y denigran a Cristo con otras que atesoren a Dios y exalten a Cristo.

Exigencia #3

VENID A MÍ

“*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*” (Mt. 11:28).

“*...Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba*” (Jn. 7:37).

“*Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre...*” (Jn. 6:35).

“*...y no queréis venir a mí para que tengáis vida*” (Jn. 5:40).

“*Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Házase, ven fuera! Y el que había muerto salió...*” (Jn. 11:43-44).

Cuando una persona vuelve a nacer y experimenta el arrepentimiento, su actitud en cuanto a Jesús cambia. Jesús se convierte en punto central y valor supremo de esa vida. Antes de que el nuevo nacimiento y el arrepentimiento ocurran, cientos de cosas parecen más importantes y más atractivas: La salud, la familia, el trabajo, los amigos, el deporte, la música, la comida, el sexo, las aficiones, la júbilación. Pero cuando Dios concede el cambio radical del nuevo nacimiento y arrepentimiento, Jesús se convierte en nuestro tesoro supremo.

SU YUGO ES FÁCIL, Y LIGERA SU CARGA

Por ende, su exigencia de que vayamos a Él no es una carga. Significa ir a quien se ha convertido en todo para nosotros. Jesús no vino al mundo

principalmente para traer una nueva religión o una nueva ley. Vino a ofrecerse a sí mismo para nuestro disfrute eterno y para hacer lo que fuera necesario, incluso la muerte, con la finalidad de eliminar todos los obstáculos hacia el gozo perpetuo en Él: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido (Jn. 15:11). Cuando el Señor exige que hagamos cosas, tales como “venid a mí”, la esencia de esas exigencias es que experimentemos la vida que mejor saborea y divulga su valor supremo.

Cuando Jesús contempla las religiones del mundo, incluso el judaísmo de su época, ve personas que laboran bajo pesadas cargas para ganarse el favor de cualquiera que sea la deidad en la que creen. Él no vino a sustituir esa carga apaciguadora de Dios con otra; vino a soportar esa carga y a pedirnos que vayamos a Él para recibir descanso: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mt. 11:28-30). No le quepa ninguna duda, hay un yugo y una carga cuando vamos a Jesús (si esto no fuera cierto, no habría exigencias), pero el yugo es fácil y ligera la carga.

HAY UNA CARGA, PERO NO ES JESÚS

Pero quizás no sea ni fácil ni ligera, de la manera que pensamos que sea. Jesús también dijo: “...estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida...” (Mt. 7:14). La razón por la que es *difícil* no es porque Jesús sea muy estricto y exigente, sino porque el mundo es un lugar difícil para poder disfrutar a Jesús por encima de todo. Nuestra propia tendencia suicida de disfrutar más de otras cosas debe ser aplastada (Mt. 5:29-30). Y además de nuestro propio pecado, muchas personas se enfadan porque no amamos lo que aman ellas. Por eso, Jesús advirtió: “...matarán a algunos de vosotros y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre” (Lc. 21:16-17).

Pero Jesús no es una carga. Cuando vamos a Cristo, Él es quien quita la carga, satisface el alma y da la vida: “...Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Jn. 7:37). Ir a Jesús significa ir a beber. Y el agua que bebemos en comunión con Él da vida

eterna: “...el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Jn. 4:14). La exigencia de ir a Jesús significa ir a la fuente de la vida y beber.

Jesús no se conforma con atraernos a la obediencia con imágenes de un agua que da vida. También nos atraerá con promesas de un pan que sustenta: “...Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre...” (Jn. 6:35). Jesús es el pan del cielo, la fuente y la esencia de la vida eterna. Nos atraerá con promesas de salvarnos para que no perezamos (Jn. 3:16). La exigencia de que vayamos a Él es, por tanto, como la exigencia de un padre a su hijo en una ventana incendiada: “¡Salta hacia mí!”, o como la exigencia de un esposo rico, fuerte, tierno y apuesto a una esposa infiel: “¡Ven a casa!”, o como la exigencia de un equipo de rescate que lo encuentra cuando usted está al borde de la muerte, deshidratado después de varios días en el desierto: “¡Beba esto!”

“NO QUERÉIS VENIR A MÍ PARA QUE TENGÁIS VIDA”

Pero la tragedia personal del pecado y la ceguera espiritual es que las personas no vienen. Jesús se lamentaba de su pueblo: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mt. 23:37); “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Jn. 5:39-40).

¿Por qué las personas no vienen a Jesús? En un sentido, la respuesta es porque se *niegan* a venir. En otras palabras, las personas no *quieren* venir. Algunas personas le llaman a esto elección por propia voluntad. Jesús probablemente diría que es la elección por una voluntad esclavizada al pecado: “De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, *esclavo* es del pecado” (Jn. 8:34). Jesús diría que las personas no vienen a Él porque están esclavizadas a su suprema preferencia por otras cosas: “...la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz... todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz” (Jn. 3:19-20).

¿Cómo entonces puede alguien haber venido si todos estamos esclavizados al pecado y muertos espiritualmente (vea la *Exigencia #1*)? La respuesta de Jesús fue que Dios, en su gran misericordia, vence nuestra resistencia y nos atrae: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere...” (Jn. 6:44), “...ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre” (Jn. 6:65). Dios otorga el don del nuevo nacimiento y arrepentimiento, que abre los ojos de los que están ciegos espiritualmente a la verdad y la belleza de Él. Cuando esto sucede, todos las objeciones suicidas sucumben. Al fin somos libres. Y, finalmente, libres de la esclavitud, venimos.

“¡LÁZARO, VEN FUERA!”

Jesús vino al mundo a reunir a todo su rebaño (Jn. 11:52). Él ofrece su vida por ellos y exige que ellos vengan a Él. Aunque Él llora por los que no vienen, no se verá frustrado en su propósito. Logrará reunir a un pueblo para Él. Habla con entera soberanía cuando dice: “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor” (Jn. 10:16). Él debe traerlas. Ellas *prestarán atención* a su voz. Ellas *vendrán*.

Cuando usted oiga la voz de Jesús decir: “Venid a mí”, ore para que Dios le dé ojos para ver a Jesús irresistiblemente verdadero y hermoso. Ore para que pueda oír esta exigencia tal como lo hizo Lázaro cuando estaba muerto: “[Jesús] clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió [de su tumba]” (Jn. 11:43-44). Cuando usted venga a Jesús de esta manera, nunca dejará de alabarlo y darle las gracias por su gracia soberana.

Exigencia #4

CREED EN MÍ

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí” (1N. 14:1).

“*Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras*” (1N. 14:11).

“*Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz*” (1N. 12:36).

“*[Jesús] dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente*” (1N. 20:27).

Por qué Jesús exige que creamos en Él? ¿Y qué significa realmente creer en Él? La razón por la que Jesús exige que creamos en Él es que todos los seres humanos nos encontramos en una situación desesperada de la que sólo Jesús nos puede rescatar. Exige que creamos en Él porque no podemos rescatarnos nosotros mismos, sino que debemos acudir completamente a Él en busca de ayuda. Cristo es el único que puede salvarnos de ese peligro. Por nuestro bien exige que confíemos en Él. Es como si un bombero lo encontrara a usted casi inconsciente en un edificio en llamas que está a punto de derrumbarse, lo cubre con su lona impermeabilizada, lo carga y le dice: “No se mueva mientras lo cargo. No se mueva. No trate de ayudarme. Yo lo sacaré. Déjeme hacerlo a mí. Confíe en mí”.

LA SITUACIÓN DESESPERADA EN LA QUE NOS ENCONTRAMOS

Por supuesto, la mayoría de las personas no sienten la necesidad de que un bombero divino las rescate. Entonces, ¿cuál es esta situación

desesperada de la cual solo Jesús nos puede rescatar? Jesús lo dijo de la siguiente manera. Fíjese en las palabras “pierda”, “condenado” e “ira de Dios”.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios... El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”. (Jn. 3:16-18, 36)

La situación desesperada en la que nos encontramos —dice Jesús—, es que estamos bajo la ira de Dios. Esto se debe a nuestro pecado (vea la *Exigencia #2*). Dios es justo y su ira se enciende con toda razón contra las actitudes y conductas humanas que denigran su valor y lo tratan de manera insignificante. Todos lo hemos hecho; es más, lo hacemos todos los días.

DIOS ENVIÓ A JESÚS A MORIR EN LUGAR NUESTRO

Pero la sorprendente verdad es que Dios ha enviado a su Hijo al mundo, no para aumentar esta condenación, sino para rescatarnos de ella. Y la manera en que Jesús nos rescata es asumiendo Él mismo la condena, muriendo en nuestro lugar y luego exigiendo no hechos heroicos de penitencia, sino que confíemos en Él. Jesús dijo: “Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (Jn. 10:11). En otras palabras, la muerte de Jesús fue deliberada. Intencionadamente dio su vida por nosotros.

Jesús se vio como la realización de la sorprendente profecía de Isaías 53 (cp. Lc. 22:37; Is. 53:12). Isaías profetizó setecientos años antes de la llegada de Jesús que un Siervo del Señor vendría a morir por su pueblo.

“Nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.

Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Is. 53:4-6).

La razón por la que Jesús exige que creamos en Él es que no hay nada que podamos añadir a este rescate de la ira de Dios. Jesús se convirtió en nuestro sustituto. Las culpas que debieron traer la condenación a todos nosotros, Dios las cargó sobre Jesús. El amor de Dios planeó un intercambio asombroso: Jesús soportó lo que merecíamos nosotros para que pudiéramos disfrutar lo que Él se merecía, la vida eterna. Y la manera en que podemos disfrutar de esa vida es creyendo en Jesús. Eso fue lo que Él dijo: “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna” (Jn. 6:47; cp. Lc. 8:12).

¿QUÉ SIGNIFICA CREER EN JESÚS?

Por lo tanto, no hay muchas preguntas que sean más importantes que esta: ¿Qué significa realmente creer en Él? Primero, significa creer que ciertos hechos históricos son verídicos. Cuando el discípulo de Jesús, Tomàs, dudó que este resucitó físicamente de los muertos, Jesús fue a él y dijo: “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métele en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente” (Jn. 20:27). Creer no es un salto al vacío; tiene bases y contenido. Se basa en lo que realmente pasó en la historia.

Pero creer en Jesús significa más que conocer cosas verídicas sobre su vida. Significa confiar en Él como una persona viviente tal y como es. Es por esto que Jesús habló de, simplemente, *creer en Él*: “...creéis en Dios, creed también *en mí*” (Jn. 14:1); cp. Mt. 18:6). Creer *en* Jesús es más que creer *sobre* Jesús. Confiamos en Él.

ESTAR SATISFECHOS CON TODO LO QUE DIOS ES PARA NOSOTROS EN JESÚS

Observe que Jesús se nos ofrece no simplemente como un rescatador en quien debemos confiar, sino como agua viva que se debe beber, además

de ofrecérsenos como pastor (Mt. 26:31), esposo (Mt. 9:15), tesoro (Mt. 13:44), rey (Jn. 18:36), etc. ¿Qué significa creer en Jesús como agua que da vida?

Jesús dijo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Jn. 7:37); “El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Jn. 4:14). En otra parte, Jesús relacionó beber con creer en Él y venir a Él: “Yo soy el pan de vida; el que a mí *viene*, nunca tendrá hambre; y el que en mí *cree*, no tendrá sed jamás” (Jn. 6:35). En otras palabras, creer en Jesús y beber el agua que salta para vida eterna son la misma cosa.

Creer en Jesús cuando se nos ofrece como agua que da vida, no significa simplemente creer *que* esta agua da vida. El agua da vida cuando la bebemos. Jesús da vida al confiar en Él. Confiar en Cristo como agua, significa, por tanto, beber el agua. Es decir, significa “recibir” a Jesús y toda la gracia que da vida de Dios, que viene a nosotros en Él: “...el que me *recibe* a mí, recibe al que me envió” (Mt. 10:40; cp. Jn. 13:20). Creer en Jesús incluye beber a Jesús como el agua de la vida que apaga la sed del alma; es decir, significa saborear y sentirse satisfecho con todo lo que Dios representa para nosotros en Cristo.

EL EJEMPLO DEL BOMBERO FUE INSUFICIENTE

Luego, el ejemplo que utilicé anteriormente del bombero es insuficiente. Es verdad hasta cierto punto. Jesús es un socorrista. Debemos mantenernos quietos, no movernos, y dejar que Él nos lleve a un lugar seguro fuera de la ardiente ira de Dios. Pero es posible confiar en un bombero que usted no admira; puede ser un adúltero o un borracho en su tiempo libre. Él no pide que usted crea en él por lo que es, o que lo reciba, o que saboree su vida; pero Jesús sí. Cristo es mucho más que un rescatador, por tanto, creer en Él es algo más que confiar en sus habilidades para el recate.

Jesús vino no solo a rescatarnos de la condenación, sino también para que podamos disfrutar de vida eterna, lo que significa que podemos experimentar todo lo que Dios representa para nosotros en Él: “Y esta es la vida eterna: Que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn. 17:3). Él sabe lo que necesitamos mucho mejor que nosotros. Necesitamos ser rescatados de la ira de Dios

y necesitamos una relación con Dios que satisfaga el alma. Esto fue lo que Jesús vino a dar. Nos llega de una sola manera: Creyendo en Él. Por tanto, le plantea su exigencia al mundo: “Cred en mí”.

Exigencia #5

AMADME

“El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí...” (Mt. 10:37).

“Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido...” (Jn. 8:42).

JESÚS ORDENA LOS SENTIMIENTOS

Recuerdo haber leído un libro en la universidad en el que se exponía lo siguiente: “El amor no puede ser un sentimiento porque el amor se ordena y en los sentimientos no se puede mandar. En otras palabras, el amor debe ser sencillamente un acto de la voluntad o una acción del cuerpo sin que medien las emociones ni los sentimientos. Pero el problema con este razonamiento es que la premisa es falsa: Jesús *sí* manda en los sentimientos. Él exige que nuestros sentimientos sean unos u otros”.¹

Él exige, por ejemplo, que *gocemos* en ciertas circunstancias (Mt. 5:12), que *temamos* a la persona indicada (Lc. 12:5), que no nos *avergonecemos*

1. El estudio más completo sobre los sentimientos en el Nuevo Testamento es *Faithful Feelings: Emotion in the New Testament* [Sentimientos fieles: Emociones en el Nuevo Testamento] de Matthew Elliott (Leicester, Inglaterra: Inter-Varsity Press, 2005). Él escribe: “Parte de la esencia del cristiano es como se sienta. Debemos recuperar parte de las ideas de Jonatan Edwards, Calvino, Agustín y otros cuando con toda razón hacen hincapié en la función de los sentimientos en la vida del creyente. Con un poco de esfuerzo, podemos formarnos una idea clara de las características sentimentales de los miembros del reino de Dios. Aman a Dios y se aman unos a otros, sienten alegría por lo que Jesús ha hecho en el pasado y lo que hará en el futuro. Ellos tienen la segura esperanza de que Dios triunfará. Se enojan ante el pecado, la injusticia y celan a Dios. Abrazan el dolor de los que sufren como propio y se acongojan ante el pecado. Pero esta vida sentimental se ve poco en nuestras teologías donde no se resalta el sentimiento como una señal de fe verdadera. Los cristianos no solo viven la ética del reino, sino que sienten las actitudes y las emociones del reino. Esto es parte del panorama que está muy claro en el Nuevo Testamento. Estos sentimientos son el resultado de buena teología y son un componente necesario de la fe (283-264).”

de Él (Lc. 9:26), que perdonemos *de todo corazón* (Mt. 18:35) y así sucesivamente. Si es correcto tener un sentimiento, Jesús puede exigirlo. El hecho de que uno pueda estar tan corrompido que no pueda experimentar los sentimientos que debiera tener, no cambia el deber de tenerlos. Si Jesús lo exige, debo tenerlos. Mi incapacidad moral de producirlos no elimina mi culpa; revela mi corrupción. Hace que me desespere por tener un corazón nuevo que Dios vino a dar (vea la *Exigencia #1*).

EL AMOR POR JESÚS NO ES MENOS QUE UN PROFUNDO CARÍÑO

La exigencia de Jesús de que lo amemos puede comprender algo más que un sentimiento profundo de admiración hacia sus atributos, el disfrute de su comunión y atracción hacia su presencia y el cariño por la relación con Él, pero no comprende menos que eso. Al menos dos cosas que Él dijo lo demuestran. Por ejemplo, dijo que nuestro amor por Él debe exceder el amor que tenemos por la madre, el padre, la hija y el hijo: “El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí...” (Mt. 10:37). El amor que nos une a estas relaciones no es una simple fuerza de voluntad. Tiene sentimientos profundos. Jesús dice que el amor que debemos sentir por Él no es menos que eso, sino más.

La otra prueba de que Jesús exige que nuestro amor sea algo más que buenas acciones se encuentra en Juan 14:15. Jesús dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”. A veces las personas usan estas palabras para decir que amarlo es guardar sus mandamientos. Eso no es lo que Él dice, sino que guardar los mandamientos de Jesús viene *de* nuestro amor hacia Él. No separa *acciones* de amor, pero sí hace una *distinción* entre ellos. Primero lo amamos. Luego debido a esto, como estamos rebosantes de felicidad, hacemos lo que Él dice. El amor no es sinónimo de guardar los mandamientos, sino la raíz de ellos. Por tanto, el amor que Jesús exige es algo muy profundo y fuerte, como los lazos afectivos más estrechos que tenemos en nuestra familia, pero mayor que eso y más que eso.

EL AMOR POR JESÚS EMANA DE UNA NUEVA NATURALEZA

La exigencia de Jesús de ser amado de esta manera da a entender que debemos tener una nueva naturaleza: Un nuevo corazón. ¿De qué

otra manera podemos amar a alguien a quien nunca hemos visto más que a nuestros hijos queridos? Amar de esta manera no es natural en los humanos caídos. Jesús lo dejó claro cuando les dijo a aquellos que no lo amaban: “Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais” (Jn. 8:42). En otras palabras: “La razón por la cual no me amas es que no estás en la familia de Dios. No tienes la naturaleza de la familia. El espíritu, el corazón, las preferencias, las tendencias, las inclinaciones de la familia. Dios no es tu Padre”.

Jesús vino como el Hijo único y divino (Mt. 11:27) para que los pecadores caídos como nosotros pudiéramos convertirnos en hijos no divinos de Dios con corazones y maneras como las de Él: “...a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre [Jesús], les dio potestad de ser hechos hijos de Dios...” (Jn. 1:12). Es por eso que Jesús pudo decir: “Amad, pues, a vuestros enemigos... y seréis hijos del Altísimo...” (Lc. 6:35). Mediante el nuevo nacimiento (*Exigencia #1*) y la fe (*Exigencia #4*), Jesús nos da los derechos y las inclinaciones de los hijos de Dios. En el centro de esas inclinaciones, se encuentra el amor a Jesús, el Hijo de Dios.

A QUIEN SE LE PERDONA POCO, POCO AMA

Cómo Dios nos posibilita que amemos más a Jesús que a nuestros parientes y amigos más cercanos no es totalmente un misterio. El don del nuevo nacimiento y del arrepentimiento, la nueva naturaleza de un hijo de Dios, surge al ver la gloria del amor de Jesús *por nosotros*. Jesús enseñó esto de modo provocador durante una cena. Un estricto fariseo, que tenía poco amor por Jesús, lo invitó a cenar. Mientras se apoyaban en la mesa baja de estilo medio-oriental, entró una prostituta y untó perfume, mezclado con sus lágrimas, sobre los pies desnudos de Jesús y los enjugó con sus cabellos. El fariseo estaba indignado de que Jesús permitiera esto.

Entonces, Él le hizo una pregunta al fariseo: “Si un acreedor perdonó a dos deudores: Uno que le debía cinco mil dólares y el otro cincuenta, ¿cuál de ellos lo amará más?” Contestó él: “Pienso que al que le perdonó la deuda más grande”. Jesús estuvo de acuerdo y después dijo: “¿Yes esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha

regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso, mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies”. Y Jesús concluyó diciendo: “...amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama” (Lc. 7:36-48).

Esta es una historia acerca de cómo nace el gran amor por Jesús. Nace cuando recibimos ojos para ver la belleza en la forma en que Él nos amó primero. La iniciativa no es nuestra; Él nos amó primero (Jn. 15:16). Nuestro amor por Jesús se despierta cuando sufrimos por nuestro pecado (a diferencia del fariseo sentencioso) y cuando probamos la dulzura de su amor misericordioso que precede y despierta nuestro amor por Él.

LA EXIGENCIA DE QUE LO AMEMOS ES UN ACTO DE AMOR

No hay duda de que este amor producirá el fruto de la obediencia a los otros mandamientos de Jesús (Jn. 14:15), que nos preparará para cumplir el ministerio que nos da para realizar (Jn. 21:15-22), y que producirá el vivo deseo de que Jesús sea honrado y alabado (Jn. 14:28; 5:23). Pero debajo de todos estos frutos está la realidad intrínseca de amor sincero por Jesús, firmes sentimientos de admiración por sus atributos, el gozo eterno de su comunión, la atracción imprecadera hacia su presencia, el entrañable afecto por la relación con Él y una intensa gratitud por amarnos a nosotros antes de que nosotros lo hiciéramos.

Estos sentimientos y estos frutos reflejan lo que Jesús quiso decir cuando se refirió a ser “digno” de Él: “El que ama a padre o madre más que a mí, no es *digno* de mí...” (Mt. 10:37). Amar a Jesús con estos sentimientos y estos frutos nos hace “dignos” de Él. Esto no significa que merezcamos a Jesús, como en la frase “...el obrero es digno de su salario” (Lc. 10:7). Significa que Jesús merece esta clase de amor. Que seamos dignos significa que Él ha producido en nosotros sentimientos y conductas que son apropiadas y aptas para su valía. Se corresponden adecuadamente con su valía. (Compare el uso que se le da a la palabra “dignos” en la frase “Haced... frutos dignos [es decir apropiados] de arrepentimiento...” (Lc. 3:8).

Jesús exige que el mundo lo ame porque Él es infinitamente digno de ser amado. Y puesto que nuestro amor por Él es el disfrute de su gloria,

su presencia y amor, es por eso que su exigencia de que lo amemos es una forma más de cómo su amor se desborda en nosotros.

Exigencia #6

ESCUCHADME

“Llamando a sí a toda la multitud, les dijo: Oídnme todos, y entendéd” (Mr. 7:14).

“Hablando estas cosas, decía a gran voz: El que tiene oídos para oír, oíga” (Lc. 8:8).

“Mirad, pues, cómo oís...” (Lc. 8:18).

“...y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada” (Lc. 10:38-42).

Toda la vida y obra de Jesús constituye un gran argumento por el cual debemos escuchar su Palabra. Página tras página de los Evangelios del Nuevo Testamento acumulan razones para apagar el televisor y escuchar a Jesús. He aquí algunas de dichas razones y por qué tantos no las escuchan.

¡JAMÁS HOMBRE ALGUNO HA HABLADO COMO ESTE HOMBRE!

El ministerio de Jesús es tan asombroso y tan intimidante que sus adversarios querían librarse de él. Por eso, los fariseos “..enviaron alguaciles para que le prendiesen” (Jn. 7:32), pero para su desgracia, estos últimos regresaron con las manos vacías y no porque Jesús tuviera buenos

guardaspaldas, sino porque sus enseñanzas eran asombrosas: “Los alguaciles vinieron a los principales sacerdotes y a los fariseos; y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? Los alguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Jn. 7:45-46). Una vez que escucharon a Jesús, no pudieron llevar a cabo la orden de prenderlo.

JESÚS HABLA LAS PROPIAS PALABRAS DE DIOS

Cuando Jesús terminó el famoso Sermón del Monte, “...la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mt. 7:28-29). Su autoridad no era uno de los rasgos de su personalidad ni ninguna técnica pedagógica. La causa es mucho más compleja. Sus palabras son portadoras de autoridad y poder, dice Jesús, porque son las palabras de Dios: “Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar” (Jn. 12:49); “Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho” (Jn. 12:50; cp. 8:28); “...la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” (Jn. 14:24). Las palabras de Jesús tienen autoridad porque cuando Él habla, Dios habla. Jesús habla *desde* Dios Padre y *como* Dios Hijo.

LAS PALABRAS DE JESÚS SILENCIAN LOS PODERES SOBRENATURALES

Pero la autoridad de las palabras de Jesús no radica solo en el poder cautivador de la verdad revelada por Dios. Existe otra dimensión. Estas también son portadoras de la fuerza suficiente para derrotar poderes sobrenaturales. Una vez, cuando Jesús se encontró con un hombre poseído por un demonio, lo reprendió diciendo: “¡Cállate, y sal de él!” (Mt. 1:25). Cuando el espíritu sacudió al hombre y salió, los presentes se asombraron y dijeron: “¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen?” (Mt. 1:27). Este mismo poder de la palabra de Jesús curó la lepra (Mt. 8:3), la sordera (Mt. 7:34-35) y la ceguera (Mt. 9:28-30). Y lo más asombroso de todo fue que con una sencilla palabra Cristo resucitó a tres personas de entre los muertos: “Niña, a ti te digo, levántate” (Mr. 5:41-42); “Joven, a ti te digo, levántate” (Lc. 7:14-15); “¡Lázaro, ven fuera!” (Jn. 11:43-44).

JESÚS TIENE LAS PALABRAS DE VIDA ETERNA

Por lo tanto, las palabras de Jesús eran *vida* en más de un sentido, podían contener vida física y devolverla. Pero aun más importante que eso es que constituían el camino imprescindible para alcanzar *vida eterna*. Es maravilloso resucitar de entre los muertos, pero no resulta así si después se va a perecer en el infierno. Lo más valioso de las palabras de Jesús y la razón más importante para escucharlo es que sus palabras conducen a la vida eterna.

Una vez, cuando Jesús había terminado de impartir algunas duras enseñanzas, “...muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él”. Dijo entonces Jesús a los doce apóstoles que había elegido: “¿Queréis acaso irnos también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn. 6:66, 68). Esto no es una mera muestra de entusiasmo hacia un maestro carismático. Jesús confirmó el criterio de Pedro: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Jn. 6:63). Jesús coincide. Habla las palabras de vida eterna. Todo el que quiera vida eterna debe escuchar sus palabras.

¿Cómo dan las palabras de Jesús vida eterna? Ya hemos visto que la vida eterna nos es dada al creer en Él: “Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna” (Jn. 6:40; vea la *Exigencia #4*). La razón por la que las palabras de Jesús conducen a la vida eterna es porque despiertan dicha fe. Creer en Jesús no es producto de agitar una varita mágica, es producto de escuchar la palabra de Dios a través de su Hijo.

LAS PALABRAS DE JESÚS DESPIERTAN LA FE

Una de las parábolas más importantes de Cristo fue la de sembrar semillas en cuatro tipos de suelo. La semilla representa la Palabra. Un tipo de suelo es el camino transitado, donde caen las semillas y los pájaros se las comen. Jesús lo explica de la siguiente manera: “Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que *no crean y se salven*” (Lc. 8:12), lo cual nos demuestra que Jesús ve su Palabra como la clave para crear y ser salvo. Si desaparece la Palabra, desaparece la fe en Jesús y sin fe en Él, no habrá salvación ni

vida eterna. Primero se escucha la Palabra de Cristo, después se cree en Él y entonces viene la vida eterna: “El que oye mi palabra, y *cree* al que me envió, tiene *vida eterna*” (Jn. 5:24).

La causa por la que las palabras de Jesús despiertan la fe en Él es que nos revelan quién es realmente y lo que hace para que obtengamos vida eterna. Vemos la gloria de Jesús y toda la magnitud de su obra por medio de su Palabra. Pero no todos la ven. Algunos oyen sus palabras, pero no las escuchan como verdaderas y concluyentes; ven de qué habla, pero no lo ven como algo hermoso y convincente. Por eso, Jesús dijo: “Por eso les hablo por parábolas: Porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden” (Mt. 13:13).

¿POR QUÉ NO OYEN NI CREEN?

¿Por qué tantas personas no oyen lo que dice Jesús? Él dijo a sus adversarios más implacables: “...procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros” (Jn. 8:37). He ahí una frase llamativa: “Mi palabra no halla cabida en vosotros”. Sus mentes y sus corazones están conformados (o disecados) de manera tal que cuando Él habla, lo que dice no encaja en sus corazones. Esto parece indicar que existe una cierta disposición a la palabra de Jesús anterior a su palabra en sí misma que nos permite escucharla. Eso es lo que Él nos enseña en verdad.

Cuando Jesús fue juzgado al final de su vida, Pilato lo presionó para que confesara que Él alegaba ser el rey de los judíos. Jesús respondió diciendo: “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad” (Jn. 18:37). Cristo vino a decirnos la verdad. Sus palabras son la verdad. Pilato respondió con cinismo: “¿Qué es la verdad?” En otros términos, las palabras de Jesús no tenían cabida en Pilato. Pero esto no le tomó con la guardia baja ni significó que Pilato había entorpecido el plan de Dios. Jesús tenía la última palabra, la decisiva acerca de Pilato: “Todo aquel que es *de la verdad*, oye mi voz” (Jn. 18:37).

Tenemos ahora otra frase llamativa. No solo: “Mi palabra no halla cabida en vosotros”, sino también la frase aún más notable: “Todo aquel que es *de la verdad*, oye mi voz”. Por una parte, hay personas en cuyos corazones y mentes la voz de Jesús no tiene “cabida” y por otra, hay

personas que son “*de la verdad*”. Ellas escuchan a Jesús. Ellas sí tienen “cabida” para su palabra. Existe, se pudiera decir, una disposición a la verdad, a oír la voz de Jesús.

EL QUE ES DE DIOS, LAS PALABRAS DE DIOS OYE

Jesús describe a estas dos clases de oyentes con otras dos frases: Si no oyen, no son “de Dios” y si oyen, son de su “rebaño”. Así describe a los que no oyen: “El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios” (Jn. 8:47). Ahora contamos con tres descripciones de los que no oyen: No tienen “cabida” para la palabra de Jesús, no son “de la verdad” y no son “de Dios”. Esta revelación nos pone a pensar. Significa que nuestra condición de pecadores caídos nos impide oír la verdad, en especial si proviene de Jesús.

No somos neutrales como la aguja de un metrónomo detenida en posición vertical entre la verdad y el error, esperando sin apasionamiento inclinarse hacia uno u otro lado. No, estamos excesivamente inclinados hacia el egoísmo y todos los errores que le sirven de sostén. Cuando Jesús habla, a menos que Dios actúe y nos dé oídos para escuchar y ojos para ver, no habrá lugar en nosotros para las palabras de Jesús.

Esto explica por qué Jesús dijo:

“Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Lc. 10:21-22).

Al decirlo, se volvió a sus discípulos y dijo: “Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis...” (Lc. 10:23). ¡Bienaventurados en verdad! Bienaventurados *por Dios*. Esa capacidad de ver es obra de Dios. Solo Dios puede darnos ojos para ver y oídos para escuchar. Es por eso que Jesús dice que aquellos que no oyen sus palabras no son “de Dios” (Jn. 8:47). Esta es la bendición que tan urgentemente necesitamos, la bendición que Dios haga espacio en nuestros corazones para la verdad.

“MIS OVEJAS OYEN MI VOZ”

Por último, Jesús llama “ovejas” a todos los que tienen un lugar en sus corazones para la verdad: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (Jn. 10:27). Por consiguiente, sabemos que somos sus ovejas si escuchamos su voz; sabemos que somos sus ovejas si hay algún lugar para la verdad, para su Palabra en nuestros corazones y si agradecemos lo que nos dice.

Por lo tanto, lo insto en nombre de Jesús a que escuche su Palabra. Haga como María y siéntese a sus pies (Lc. 10:39, 42). No dé la espalda a los mandamientos del Padre, conferidos en el Monte de la Transfiguración: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; *a él oíd*” (Mt. 17:5). No pase por alto la misericordiosa atracción de qué son portadoras las palabras: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mr. 13:31). No se aborrezca rechazando a quien dijo: “Estas cosas os he hablado... vuestro gozo sea cumplido” (Jn. 15:11; cp. 17:13). Escuche a Jesús.

Exigencia #7

PERMANECED EN MÍ

“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”
(Jn. 15:4).

“Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor” (Jn. 15:9).

“Si vosotros permanecieris en mí palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn. 8:31-32).

Las exigencias de Jesús son para toda la vida. Él no exige una única decisión de arrepentirse, venir, creer, amar, escuchar, todas son continuas. La transformación del arrepentimiento es continua. Venir a Jesús una y otra vez es un acto continuo. Creer en él hora tras hora es algo continuo. Escuchar su palabra como la fuente diaria de vida espiritual es un proceder continuo. Jesús exige el compromiso de nuestras mentes y corazones cada día de nuestras vidas.

Un pacto con Jesús en el pasado cuya expresión deje de verse reflejada en nuestras vidas fue un pacto falso. Cuando Él dijo: “Si vosotros permanecieris en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Jn. 8:31) quiso decir que si *no* somos constantes, *no* somos sus verdaderos discípulos. Y lo opuesto de *verdaderos* discípulos es *falsos* discípulos. Eso somos si contamos con las experiencias pasadas y dejamos a un lado nuestra devoción a Jesús.

ENCONTRAR A JESÚS ES PARA TODA LA VIDA

Una manera en que Jesús enseñó la necesidad de la devoción continua fue al exigir: “Permaneced en mí”. La palabra ‘permaneced’ no es puramente religiosa. En el lenguaje del Nuevo Testamento, es la palabra común para “quedarse”, “continuar” o a veces “morar”. Jesús quiso decir: “Quédense en mí. Continúen en mí. Moren en mí”. Por eso, encontrar a Jesús es para toda la vida.

El contexto de esta exigencia es la analogía de la vid y sus pámpanos. Jesús se compara a sí mismo con la vid y nosotros con los pámpanos:

“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”. (Jn. 15:4-5)

Dicha imagen nos ayuda a comprender lo que Jesús quiso decir con que permaneceríamos en Él. El aspecto principal de la analogía es que el poder de dar frutos, es decir, el poder de vivir un vida fructífera de amor como el de Cristo (Jn. 15:12), mana de Jesús si permanecemos relacionados con Él de manera vital. Somos entonces como un pámpano ligado a la vid de manera que toda la savia que sustenta la vida y da los frutos pueda fluir dentro de él. Jesús es explícito al alegar que Él es el poder que necesitamos para vivir vidas fructíferas. Jesús dice: “...separados de mí nada podéis hacer”. Permanecer en Él significa mantenerse ligado de manera vital a la vid que da vida, que da poder y que da frutos. Dígase Jesús.

A CADA MOMENTO LA CAUSA DE TODO BIEN

En otras palabras, Jesús exige ser, a cada momento, la causa de todo bien en nuestras vidas: “...separados de mí nada podéis hacer”. ¡Nada! ¿En verdad? Bueno, podríamos pecar, dejar de dar frutos y perecer sin Él, pero no es eso lo que promete darnos. Jesús quiso decir: “Sin mí no podrás hacer nada verdaderamente bueno, nada que honre a Dios, exalta a Cristo, sé humilde y sirve de ayuda a otros por toda la eternidad”.

Permanecer en Jesús significa permanecer ligados de manera vital hora tras hora a quien único produce en nuestras vidas todo lo que exige.

SI PERMANECE, DA FRUTOS

¿Pero, en la práctica, qué significado tiene esto según nuestra experiencia? ¿Qué es “permanecer ligados de manera vital”? ¿Cómo lograrlo? Una parte importante de la respuesta consiste en aclarar que permanecer en Jesús no es lo mismo que dar frutos u obedecer sus mandamientos. Dar frutos y obedecer los mandamientos es el *resultado* de permanecer en Él. Si permanecemos en Él, damos frutos.

Jesús no contradice el planteamiento anterior cuando dice: “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor” (Jn. 15:10). Esto no significa: Obedecer sus mandamientos *es* permanecer en su amor. Eso sería como decir: El fruto está ligado a la vid. No. El fruto es el resultado de estar ligados a la vid. No es lo mismo. Lo que Jesús quiso decir es que si usted no obedece sus mandamientos, es decir, si no lleva el fruto del amor (porque amor es la suma de sus mandamientos, Jn. 15:12), habrá dejado de permanecer en Él. Y es que la verdad permanece inalterable: “El que permanece en mí... lleva mucho fruto” (Jn. 15:5).

Por consiguiente, la respuesta a la pregunta “¿Cómo permanezco en Jesús?” no es “llevando los frutos” ni “obedeciendo sus mandamientos”. Ninguna da en el clavo. La idea es descubrir *cómo* llevar los frutos. La respuesta es “permaneciendo en Jesús”. Por lo tanto, la pregunta ahora sería: ¿Cómo permanecemos en Jesús? ¿Qué significa en términos de experiencias?

EN LA PRÁCTICA, ¿CÓMO PERMANECEMOS EN JESÚS?

Jesús hace uso de otras dos frases similares que indican la respuesta. Hace referencia a permanecer en su *amor*, y hace referencia a permanecer en su Palabra. Ambas señalan que permanecer es *confianza* continua en la verdad de las palabras Jesús y en la certeza de su amor.

PERMANECER SIGNIFICA CONFIAR EN EL AMOR DE JESÚS

No permanecer en el amor de Jesús significará que dejamos de creer que Él nos ama. Analizamos las circunstancias, tal vez sufrimos persecución,

enfermedades o abandono y llegamos a la conclusión de que Jesús ya no nos ama. Eso es justamente lo opuesto a permanecer en el amor de Jesús. Permanecer en su amor significa entonces no dejar de creer en ningún momento que Él nos ama.

Todo lo que nos llega en la vida bajo la autoridad soberana de Jesús (Mt. 8:8) forma parte de su amor por nosotros. Si es bueno, Él dice: Así como se preocupa mi Padre por las aves del cielo y los lirios del campo, ¡cuánto más lo hará por ti! (cp. Mt. 6:26-30). Y si es doloroso, dice: No teman, lo peor que puede suceder es la muerte y yo he vencido a la muerte. Yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo. Y te será recompensado en la resurrección de los justos (cp. Mt. 10:28; 28:20; Jn. 11:25-26; Lc. 14:14). Permanecer en Jesús significa confiar en que lo anterior es cierto, cierto *para ti*; es decir, significa vivir de acuerdo con esta verdad a cada momento. Ella fluye a nosotros como la savia a un pámpano. Nosotros la recibimos y de ella extraemos nuestra vida día tras día.

PERMANECER SIGNIFICA CONFIAR EN LA PALABRA DE JESÚS

De igual forma, lo mismo es verídico para la frase: “Si vosotros permanecieris en mi palabra...” (Jn. 8:31). Esto no significa meramente: “Guardad mis mandamientos”. Más bien, significa: No dejen de confiar en mi palabra. No dejen de confiar en lo que les he revelado acerca de mi Padre y mi obra. El contexto de Juan 8:31-32 confirma lo siguiente: “Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permanecieris en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”. El resultado de permanecer en la Palabra de Jesús es que seremos libres. ¿De qué? De pecado. Esa es la esclavitud que Jesús tiene en mente, como nos muestra Juan 8:34: “Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado”. Es por eso que libramos de pecado es el fruto de permanecer en la Palabra: “Si vosotros permanecieris en mi palabra... la verdad os hará libres”. No pecar es el fruto (no la definición) de permanecer en la Palabra. Guardar los mandamientos de Jesús —que es otra manera de describir la liberación del pecado—, no es entonces el significado de permanecer en su Palabra, sino el fruto de la acción.

Podemos concluir entonces que permanecer en Jesús, en su amor y su

Palabra, es confiar en que Él nos ama realmente a cada momento y que es cierto todo lo que ha revelado de sí mismo, de su obra por nosotros y de nuestro futuro a su lado. Recordamos entonces lo que vimos en el capítulo que aborda la creencia en Jesús (*Exigencia #4*). Creer en Jesús como nuestra agua de vida significa beber el agua, saborearla y quedar satisfechos. Sucede igual con la savia que fluye de la vid al pámpano. La recibimos, la bebemos, la saboreamos y satisfacemos con ella nuestras almas. Esta satisfacción en Jesús es diaria, se renueva eternamente y es la clave para dar frutos.¹ Ese es el significado de permanecer en Jesús.

JESÚS NOS HACE PERMANECER

Aunque parezca sencillo permanecer, aferrarnos, beber y descansar en Jesús, la verdad es que nos vemos tentados frecuentemente a buscar la savia que nos da la vida en otras plantas. A pesar de nuestras tendencias pecaminosas, Satanás mismo quiere arrancarnos de la vid y debemos orar todos los días (como dijo Jesús) para que Dios nos libre “de todo mal” (Mt. 6:13). Es por eso que no podemos olvidar que Jesús no nos abandona a nuestra suerte. Aunque nos mande a permanecer en Él —y somos nosotros los responsables de hacerlo y culpables si no lo hacemos—, es el propio Jesús quien nos mantiene en Él y sin su crucial cuidado, no podríamos permanecer.

Jesús nos lo demostró al menos de tres maneras. Él dijo que nadie puede arrebatarte sus ovejas (es decir, sus propios pámpanos) de su mano.

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Jn. 10:27-29).

Después oró a su Padre para que Dios hiciera que permaneciéramos siempre en su nombre (es decir, en Jesús): “Padre santo, a los que me has

1. Intenté explicarlo y dar bastantes ejemplos prácticos acerca de cómo se manifiesta en la vida en el libro *The Purifying Power of Living by Faith in FUTURE GRACE* [El poder purificador de vivir por la fe en GRACIA FUTURA] (Sisters, Ore.: Multnomah, 1995).

dado, guárdalos en tu nombre... Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre... y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera” (Jn. 17:11-12). Es entonces Dios quien realiza la obra definitiva al guardarnos en la vida.

Después, el propio Jesús ejemplificó cómo Él oraba por sus discípulos y los guardaba de la apostasía. Él predijo las tres negativas de Simón Pedro la noche anterior a su muerte, pero después habló con autoridad soberana a Simón y pronunció palabras que deberían alentarnos a todos: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zaramdearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lc. 22:31-32). Jesús oró para que la fe de Simón no faltara y sabía que no faltaría. Dijo: “Una vez vuelto”, no: “Si volvieres”. La respuesta de Dios a la oración de Jesús fue soberanamente decisiva. Sí, la fe de Simón faltó y pecó al negar a Jesús, pero su fe no faltó completamente, no se separó de la vida. Jesús oró por él y no hay razón para creer que el Señor haya dejado hoy de orar por nosotros de la misma manera.²

No nos quedamos de brazos cruzados en la batalla por permanecer en Jesús, pero el desenfado de esta lucha ya está ganado porque, en un final, no depende de nosotros: Jesús vence. Nadie puede arrebatarlos de su mano. Cristo y su Padre son más grandes que todo. Es por esto que la exigencia de que permanezcamos en Él es que no dejemos de confiar en quien nos mantiene confiando.

2. Algunos comentaristas de la Biblia no están de acuerdo con que Jesús guarda a los suyos asegurándose que permanezcan en Él. Señalan, lo cual es comprensible, a Juan 15:1-2, 6: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitaré; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto (...) El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden”. ¿Significa esto que en verdad podemos estar realmente unidos a la vid que da la vida y después ser arrancados y arrojados al fuego? Particularmente, no opino que Jesús se refiera a eso, debido a las tres razones planteadas con anterioridad. Pienso, en realidad, que Jesús hace referencia a que hay quienes aparentan estar en la vid, pero en realidad no lo están. Están unidos a ella, pero no es una unión verdadera ni da vida. Judas es el más claro ejemplo en el ministerio de Jesús. Él estuvo unido al Señor durante tres años: cierta influencia fluyó hacia él, pues recibió muchas bendiciones de Jesús, pero no estaba unido de verdad, no de la manera que da vida. Por consiguiente, al final, lo *recogieron* no de la vida verdadera, sino de la unión artificial, que parecía real pero que no lo era.

Exigencia #8

TOMAD VUESTRA CRUZ Y SEGUIDME

“...Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mt. 16:24-25).

“...Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres” (Mr. 1:17).

“...Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8:12).

“...Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mt. 8:22).

“...Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme” (Mt. 19:21).

Jesús era completamente humano y completamente Dios (Jn. 1:1, 14). No era Dios con un revestimiento humano a modo de disfraz, era real. Era un hombre de carne y hueso, el hijo de un carpintero (Mr. 6:3). Es por eso que cuando Él dijo a los pescadores o cobradores de impuestos: “Venid en pos de mí”, su obediencia resultó en el acto concreto y físico de poner los pies en la tierra, caminar tras su persona y convertirse en su compañero de viaje.

IR EN POS DE JESÚS CUANDO NO ESTÁ AQUÍ

Pero Jesús sabía que no estaría siempre en la tierra para arrastrar seguidores en el sentido físico: “...voy al que me envió... yo os digo la

verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Jn. 16:5, 7). Jesús era plenamente consciente de que el movimiento que Él había iniciado continuaría aun después de su regreso junto a su Padre en el cielo. Ese era su plan (vea la *Exigencia #45*).

Por consiguiente, la exigencia de que lo siguiéramos resultaba válida tanto para los días en que estaría físicamente en la tierra como para la eternidad. Él lo dejó claro al final de su ministerio terrenal. Había resucitado de entre los muertos y estaba a punto de ascender junto al Padre. Pedro supo sería víctima del martirio algún día, después de la partida de Jesús, porque este se lo comunicó. Pedro se cuestionó si sería él solo y le preguntó a Jesús qué le pasaría a su compañero, el apóstol Juan. El Señor respondió: “Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú” (Jn. 21:22).

Lo que da a entender *seguir a Jesús* es que sucederá después de su partida. Hasta su regreso, Él espera que sus discípulos en la tierra lo sigan. Seguir a Jesús no se limita entonces a recorrer Palestina tras Él, sino que este lo exige de cada persona, en cada país, en cada época.

SEGUIR A JESÚS SIGNIFICA UNIRSE EN LA LABOR QUE LE FUE ENCOMENDADA

Cuando Jesús dijo a Pedro y Andrés, pescadores de profesión: “Venid en pos de mí, y *hare* que seáis pescadores de hombres” (Mr. 1:17), hizo uso de una imagen válida para ambos con respecto de algo que se aplica a todos los seguidores del Señor. La exigencia de seguir a Jesús significa que todos deberían unirse para lograr lo que vino a hacer, lo cual nos reitera constantemente: “El Hijo del Hombre... vino... para dar su vida en rescate por muchos” (Mr. 10:45); “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10); “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lc. 5:32); “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10); “¿Y qué dije? ¡Padre, sálvame de esta hora! Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre” (Jn. 12:27-28).

Entonces, en resumen, Él vino a morir por la nación (de Israel) “y no solamente por la nación, sino también para congrega en uno a los

hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn. 11:51-52). Vino a congrega a un pueblo, específicamente, a congrega a un pueblo leal a Él mismo por la gloria de su Padre, por medio de su muerte para salvarlos de sus pecados y darles vida eterna y una nueva ética de amor igual a la suya (Jn. 13:34-35). Por consiguiente, cuando Él exige que lo sigamos, se refiere a que nos le unamos en la labor de congrega: “El que conmigo no recoge, desparrama” (Lc. 11:23). No existen seguidores neutrales: O congregamos o desparramamos. Seguir a Jesús significa continuar la labor que Él vino a realizar: Congrega un pueblo leal a Él por la gloria de su Padre.

SEGUIR A JESÚS HACIA EL SUFRIMIENTO

Continuar la obra que Jesús vino a realizar incluye también sufrir igual que Él. Seguirle significa que debemos ser partícipes de su sufrimiento. Cuando Jesús nos llama a seguirlo, es en el sufrimiento donde hace énfasis. Él sabía que se dirigiría a la cruz y nos exige que hagamos lo mismo. Diseñó toda su vida y ministerio para ir a Jerusalén y morir allí: “...es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén” (Lc. 13:33).

Es por eso que “...afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lc. 9:51) y sabía con exactitud qué acontecería allí. Todo fue planeado por su Padre cuando lo envió al mundo: “He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará” (Mr. 10:33-34). Ese fue el plan, tan detallado que hasta contemplaba las escupidas.

Ese fue el diseño de su vida y Él sabía que su propio dolor caería también sobre aquellos que lo seguían: “Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán...” (Jn. 15:20). La inalterable esencia de su exigencia era que lo siguiéramos hasta el sufrimiento: “...si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mr. 16:24). Jesús recalcó el negarse a uno mismo y el tomar la cruz.

SUFRIR POR JESÚS CON GOZO ES MUESTRA DE SU VALOR SUPREMO

Él no murió para hacernos la vida fácil ni próspera; murió para quitar del medio todo lo que obstaculizara nuestro gozo eterno en la gloria de Dios. Nos llama a seguirlo en su sufrimiento, porque esta vida de gozoso sufrimiento por Jesús (Mt. 5:12) demuestra que Él vale más que todos los tesoros por los que el mundo vive (Mt. 13:44; 6:19-20). Si usted sigue a Jesús solo porque en la actualidad Él le proporciona una vida fácil, a los ojos del mundo parecerá que usted ama lo que ellos aman y que Jesús sencillamente existe para proporcionárselo; pero si sufre junto a Jesús en el camino del amor porque Él es su tesoro supremo, a los ojos del mundo parecerá que su corazón está afirmado hacia una fortuna distinta a la de ellos. Es por eso que Jesús exige que nos neguemos a nosotros mismos y tomemos nuestras cruces y lo sigamos.

SUFRIR POR JESÚS ES TEMPORAL; LA COMPLACENCIA EN JESÚS ES ETERNA

Por supuesto, el dolor es temporal. Él no nos llama a sufrimiento eterno; es de eso de lo que nos salva: “El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (Jn. 12:25), “...todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Mt. 8:35). Sufrir por Jesús es temporal. La complacencia en Él es eterna. Cuando Pedro dijo (quizás con un poco de autocompasión): “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido”, Jesús respondió sin mimos a la autocompasión de Pedro: “Cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o rieteras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mt. 19:27,29). En otras palabras, no existe sacrificio supremo en seguir a Jesús: “...te será recompensado en la resurrección de los justos” (Lc. 14:14), “...vuestro galardón es grande en los cielos...” (Mt. 5:12).

Incluso antes del cielo, abunda el gozo a lo largo del duro camino que conduce a la resurrección a través de la muerte. Nada se compara con el gozo de caminar a la luz con Jesús, al contrario de caminar en la oscuridad sin Él. Jesús dijo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8:12). Seguir a Jesús nos conduce, sin dudas, por el sufrimiento y la muerte, pero el

camino está iluminado de vida y verdad. Jesús prometió: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20). Y donde está Él, hay gozo, gozo en el sufrimiento por ahora, pero, no obstante, gozo: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Jn. 15:11).

LAS RUPTURAS EN LAS RELACIONES CON LAS PERSONAS

Esa es la razón por la que las rupturas, como consecuencia de seguir a Jesús, no resultan devastadoras. Hay rupturas en las relaciones con las personas, en las relaciones con las posesiones y en las relaciones con nuestra vocación. Jesús tiene formas impresionantes de describir el precio de seguirlo con respecto de las personas: “Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mt. 8:22), “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc. 14:26).

En otras palabras, seguir a Jesús es de una importancia suprema la cual conlleva ciertos comportamientos que darán la impresión de sentir odio ante el mundo. He visto cómo algunos misioneros lo han vivido al tener que tomar decisiones angustiosas tales como: llevar a sus hijos a lugares riesgosos y dejar atrás a sus padres ancianos, bien cuidados, pero tal vez para no volverlos a ver en la faz de la tierra. Algunos lo llaman desamor, pero Jesús mira las naciones y lo que el amor exige, en el caso de esos siervos.

LAS RUPTURAS EN LAS RELACIONES CON LAS POSESIONES

Seguir a Jesús también ocasiona la ruptura de nuestra relación con las posesiones. Hubo una vez un joven rico que amaba demasiado su patrimonio. Entonces, Jesús atacó el corazón mismo de su idolatría con la siguiente exigencia: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme” (Mt. 19:21, vea la *Exigencia #20*). Si algo obstaculiza que sigamos a Jesús, debemos librarnos de ese estorbo.

Y lo anterior no es único para aquel rico, se aplica a todos nosotros: “...cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc. 14:33). Renunciar a lo que se tiene no quiere decir

siempre que tengamos que venderlo todo. Jesús encomendó a Zaqueo por haberle dado la *mitad* de sus bienes a los pobres (Lc. 19:8-9). Renunciar a *todo* significa que todo lo que tenemos queda a completa disposición de Jesús para los propósitos que Él estime convenientes y nunca deberán obstaculizar la obediencia absoluta de su mandamiento de amor.

LAS RUPTURAS EN LAS RELACIONES CON LA VOCACIÓN

Existe también la ruptura que sufre nuestra vocación cuando seguimos a Jesús. Cuando este llamó a los doce para que lo siguieran, ninguno de ellos tenía como profesión seguir a Cristo; eran pescadores, cobradores de impuestos y demás; tenían empleos. Increíblemente, fue algo así: “Y al pasar [Jesús], vio a Leví hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió” (Mr. 2:14). ¡Así de sencillo! (hasta donde sabemos.) Para la mayoría de nosotros no fue tan sencillo, pero sí sucede.

Y puede que le suceda a usted. No todos debemos dejar a un lado nuestra vocación para seguir a Jesús. Cuando un hombre quiso dejar su tierra para seguirlo, Él le dijo: “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti” (Mr. 5:19). La mayoría de nosotros debemos quedarnos donde mismo estamos y seguir a Jesús en todas las formas absolutas que tiene el amor que exige nuestra actual posición y relaciones.¹ Pero no todos; para algunos —tal vez usted (incluso mientras lee el presente material)—, seguir a Jesús sería sinónimo de una riesgosa ruptura con su vocación. No tema seguirlo aunque se aleje de lo que conoce.

SEGUIR A JESÚS ES COSTOSO, PERO VALE LA PENA

Jesús no desea engañarlo con una carnada o un trueque para que usted lo siga. Él es totalmente franco con respecto al costo. De hecho, Él lo insta a que evalúe el costo: “Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?... ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra

otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil?” (Lc. 14:28, 31). Deje que el llamamiento de seguir a Jesús sea claro y sincero: “...En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33). Es costoso, pero vale la pena.

1. Para más información acerca de cómo ve Jesús la obediencia en el lugar de trabajo secular, ver el capítulo “Nuestra jornada de ocho a cinco es para la gloria de Dios” en John Piper, *No desperdicie su vida* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2003), 131-154.

AMAD A DIOS CON TODO VUESTRO CORAZÓN, ALMA, MENTE Y FUERZAS

“Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas...” (Mt. 12:29-30).

“...¡ay de vosotros, fariseos! que decís más la menta, y la ruda, y toda hortaliça, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios. Esto os era necesario hacer, sin dejar aquello” (Lc. 11:42).

“Mas yo os conozco, que no tenéis amor de Dios en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a éste recibiréis” (Jn. 5:42-43).

Jesús vino a restaurar a los seres humanos al tipo de relación con Dios y con sus semejantes para la que fueron creados. Lo más importante que el Señor nos dice acerca de esta relación restaurada con Dios es que fuimos creados para amarlo con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas. Jesús da por sentado que amar a Dios significa amarlo a Él tal como es y por consiguiente, su visión de quién es Dios está presente en todo lo que dice.

CONOZCA A DIOS Y ÁMELO TAL COMO ES

Dios es el Creador. Creó a los seres humanos (Mt. 19:4) y todo el universo (Mt. 13:19). Él sustenta todas sus creaciones, gobierna los más mínimos detalles de las aves y los lirios: “¿No se venden dos pajarrillos por

un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre” (Mt. 10:29; cp. 6:30). Él es el Dios de la sabiduría (Lc. 11:49), la justicia (Mt. 6:33), el poder (Mt. 22:29), la ira (Jn. 3:36), la misericordia (Lc. 15:20) y el amor (Jn. 3:16). Él es una persona, no una simple fuerza y se le puede conocer como un Padre que ama a sus hijos (Jn. 1:12; 16:27). Jesús nos exige: Ama a este Dios. Ámalo con todo tu ser tal como es.

Para amar a Dios tenemos que conocerlo. A Él no se le honra con amor sin basamento. En realidad, tal cosa no existe. Si no sabemos nada acerca de Dios, nada en nuestras mentes suscitará amor. Si el amor no surge a partir de conocerle, no tiene sentido llamarle amor *por Dios*. Puede que exista una atracción vaga en nuestros corazones o alguna gratitud poco definida en nuestras almas, pero si no nacen a partir de conocer a Dios, no constituyen amor por Dios.

JESÚS: REVELACIÓN DE DIOS, PRUEBA DE FUEGO DE NUESTRO AMOR POR DIOS

Por consiguiente, Jesús vino al mundo a dar a conocer a Dios, para que se le pudiera amar verdaderamente. Cristo dijo a sus discípulos:

“Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?” (Jn. 14:7-9)

Jesús nos revela a Dios con tanta profundidad, que recibir al primero se vuelve una prueba de amor al segundo y de aceptarlo como nuestro Padre: “Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais...” (Jn. 8:42). Si no aceptamos a Jesús, no accedemos a Dios. Jesús hizo de sí mismo la medida de nuestro conocimiento y amor por Dios: “Mas yo os conozco, que no tenéis amor de Dios en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a éste recibiréis. ¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (Jn. 5:42-44).

En otras palabras, Jesús refleja a Dios y lo exalta con tal precisión que negar a Cristo es negar a Dios. Jesús sabe que sus adversarios no tienen “el amor de Dios [en ellos]” porque no lo reciben a Él: “...el que me desecha a mí, desecha al que me envió” (Lc. 10:16). Si amaran a Dios, lo amarían a Él. Jesús nos da a conocer a Dios de forma más clara y detallada que cualquier otra revelación; por tanto, nadie puede amar a Dios y rechazar a Jesús.

“Y LES HE DADO A CONOCER TU NOMBRE”

Por eso, si hemos de amar a Dios, hemos de conocerlo tal y como se revela en Jesús. Antes de la venida de Cristo, Dios demostró su amor cuando se reveló en su Palabra, la cual siempre apuntó a Jesús: “Escudriñad las Escrituras —dijo Jesús—, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn. 5:39). Pero ahora que Jesús ya vino, la revelación de su persona es la que despierta el amor por Dios: “...nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mt. 11:27).

Eso hizo Jesús por sus discípulos: Dio a conocer a Dios. En la oración que hizo Jesús en Juan 17, Él dice: “Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún...” (v. 26). Aquí se cumple, después de tanto esperar, la profecía de la ley de Moisés: “Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas” (Dt. 30:6). Jesús es el cumplimiento de la profecía. No podemos entonces amar a Dios a parte de la revelación de Cristo, quien cambia nuestros corazones para que conozcamos a Dios y podamos verlo cautivadoramente hermoso.

VER Y SABOREAR A DIOS COMO SER CAUTIVADORAMENTE HERMOSO

La razón por que hago uso de la frase “cautivadoramente hermoso” es para hacer énfasis en dos cosas. Una es que amar a Dios no es una simple decisión; usted no puede simplemente decidir si ama o no la música clásica, la música *country western* y mucho menos a Dios. La música debe ser cautivadora. Si no le gusta, algo debe cambiar dentro

de usted. Dicho cambio da la posibilidad a la mente de experimentar la música con un sentido cautivador de su atractivo. Igual pasa con Dios. Usted sencillamente no decide amarlo. Algo cambia dentro de usted y como resultado Él se vuelve cautivadoramente atractivo. La gloria —la belleza— de Dios cautiva su admiración y deleite.

El otro aspecto en lo que hago énfasis con la frase “cautivadoramente hermoso” es que el amor por Dios no es en esencia proceder, sino afecto; no son acciones, sino deleite. La gloria de Dios se convierte en nuestro placer supremo. Comenzamos a preferir conocerlo, verlo, estar con Él y ser como Él por sobre todas las cosas. Existen varias razones de peso para creer que el amor por Dios es, sobre todo, una experiencia de afectos, no de proceder.

AMAR A DIOS ES LO PRIMERO; AMAR AL PRÓJIMO ES LO SEGUNDO

Primero: Jesús diferenció el primero y el segundo mandamientos. Dijo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt. 22:37-39). Por consiguiente, no se puede definir el amor a Dios de la misma manera que el amor al prójimo; son amores diferentes. Amar a Dios es lo primero; amar al prójimo es lo segundo. El primero es el principal y no depende de la obediencia hacia algo más grandioso. El segundo es secundario y depende de nuestro amor por Dios. Son inseparables, ya que el verdadero amor por Dios siempre acarreará amor por las demás personas, pero son diferentes. Esto significa que las acciones de amor para con otros no constituyen el significado fundamental del amor por Dios, son el resultado, el fruto de amarte. No se ama a Dios de la misma manera en que tratamos a otros, se le ama con admiración cautivadora y deleite en Él.

“SU CORAZÓN ESTÁ LEJOS DE MÍ”

Segundo. Jesús dijo a los fariseos cuando criticaron la libertad de sus discípulos: “Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran...” (Mr. 7:6-7). Jesús dice que las acciones

externas, incluidas las que van dirigidas a Él, no constituyen la esencia de la adoración, no constituyen la esencia del amor. Lo que acontece en el corazón es fundamental. Los comportamientos externos complacerán a Dios si nacen de un corazón que con franqueza admira y se deleita en Él; es decir, cuando son resultado del amor por Dios.

LO CONTRARIO DE AMAR A DIOS ES ABORRECER Y MENOSPRECIAR

Tercero. Jesús dijo: “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt. 6:24). Lo contrario de amar a Dios es aborrecer y menospreciar. Ambas son palabras fuertes, emotivas. Ambas suponen que sus homólogos positivos expresan también sentimientos fuertes. Es por eso que amar a Dios es un sentimiento fuerte e interno, no una mera atracción externa. Hay quien podría decir que “servir” es la palabra clave y supone que amar a Dios es servirlo, pero eso no es lo que se plantea. En la cita se dice que la razón por la que no se puede servir a dos señores (a Dios y al dinero) es que tras las acciones producto de servirles yacen dos pasiones diametralmente opuestas: Aborrecimiento contra amor, devoción contra menosprecio. Jesús no nos plantea una correspondencia entre amar a Dios y servir a Dios; nos dice que servir a Dios es el resultado de amar a Dios.

LA GENERACIÓN ADÚLTERA DEMANDA SEÑAL

Cuarto. Cuando los fariseos, que no sentían amor por Jesús (ni por Dios, Jn. 5:42), le dijeron: “Maestro, deseamos ver de ti señal”, Jesús les respondió de una manera que arrojó luz sobre de la naturaleza de amar a Dios. Les dijo: “La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás” (Mt. 12:39). ¿Por qué llama Jesús “adúltera” a la generación por demandar señal? Porque Dios era el esposo de Israel (Ez. 16:8) y Jesús era Dios, que vino a reclamarle a su esposa infiel. Es por eso que hace alusión a sí mismo como el “esposo” (Mt. 25:1ss).

¿Por qué iba una esposa (Israel representada por sus líderes) a pararse delante del esposo (Jesús) y demandar señal de que Él era su cónyuge? Jesús dice que esto no es resultado de ignorancia ingenua, sino de un

corazón adúltero. En otras palabras, Israel no ama a su esposo, ama a otros pretendientes, como son los halagos de los hombres (Mt. 23:6) y el dinero (Lc. 16:14). Lo que esto nos enseña con respecto al amor que Jesús exige para Dios, es que debe ser como el amor que siente una esposa fiel por su esposo; no un mero comportamiento externo, sino afecto, admiración y deleite de corazón. No debe inspirarse en el servicio del esclavo, sino en el Cantar de los cantares: “...; nos gozaremos y alegraremos en ti; nos acordaremos de tus amores más que del vino; con razón te aman” (Cnt. 1:4).

CON EL CORAZÓN, EL ALMA, LA MENTE Y LAS FUERZAS

Cuando Jesús exige que amemos a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas, se refiere a que cada una de las facultades y capacidades de nuestro ser deben expresar la plenitud de nuestra predilección por Dios, la plenitud de todas las formas en que lo preciamos. El significado de las cuatro facultades y capacidades siguientes tienen puntos en común:¹ Corazón, alma, mente y fuerzas, pero no son idénticos. “Corazón” destaca el centro de nuestra voluntad y emociones sin excluir el pensamiento (Lc. 1:51). “Alma” destaca nuestra vida como un todo, aunque a veces se le distingue del cuerpo (Mt. 10:28). “Mente” destaca nuestra capacidad de pensar. “Fuerza” destaca la capacidad de realizar grandes esfuerzos físicos y mentales (Mr. 5:4; Lc. 21:36).

La función de estas facultades y capacidades en lo referente a amar a Dios es demostrar dicho amor.² Puede ser que se mencione “corazón”

1. Con respecto de “corazón” y “mente”, tome en consideración que donde único aparece “mente” (*διδυνοία*) en los cuatro Evangelios, excepto en el mandamiento de amar a Dios “con toda tu mente” (*ἐν ὅλῃ τῇ διανοίᾳ σου*), es en Lucas 1:51, donde se le traduce como “pensamiento” y tiene lugar en los “corazones”. “Hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento [*διανοίᾳ*] de sus corazones”. Por eso, “mente” y “corazón” no se diferencian siempre. Con respecto a “corazón” y “alma”, tome en consideración que Jesús dijo: “No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mt. 10:28). Esto sugiere que “alma” es la plenitud de la vida o la persona independientemente del cuerpo. Por consiguiente, se incluye el concepto de “corazón”, aunque es más amplio.
2. En el mandamiento de amar a Dios “...con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas...”, las preposiciones griegas que dieron origen a la traducción en español “con” no son las mismas cada vez que aparece el mandamiento en los Evangelios. Los tres Evangelios citan a Deuteronomio 6:5, donde la preposición hebrea que se utiliza es $\text{לְ} (\text{לְ} \text{לֵב} \text{לְ} \text{נַפְשְׁ} \text{לְ} \text{כֹחְ} \text{לְ})$, pero en Mateo 22:37 se traduce todas las veces con la

primero porque, particularmente se le considera la fuente del amor que se expresa por medio del alma (la vida), la mente (el pensamiento) y las fuerzas (los esfuerzos). Lucas, en especial, parece interpretarlo de esa manera porque hace uso de una preposición griega diferente en la frase “*con* todo tu corazón”, la cual utiliza al traducir las otras tres frases (vea nota 2). De cualquier modo, lo importante es que cada una de las facultades y capacidades que tenemos deben exponer en todo momento que Dios es nuestro mayor tesoro.

CADA CAPACIDAD ATESORA A DIOS POR ENCIMA DE TODAS LAS COSAS

Amar a Dios es, en esencia, atesorar a Dios. Amarlo con *todo* el corazón, *toda* el alma, *toda* la mente y *todas* las fuerzas significa que cada una de las facultades y capacidades atesora a Dios por encima de todas las cosas de una manera tal que atesorar cualquier otra cosa, es también atesorar a Dios. En otras palabras, puede que haya otras cosas buenas que atesoremos en una determinada medida, pero no debemos atesorarlas en lugar de Dios. Solo podemos hacerlo como expresiones de atesorar a Dios. Si alguna de nuestras capacidades humanas se place en alguien o algo de forma que dicho placer no constituye también un deleite en Dios, entonces no hemos amado a Dios a toda capacidad.

Este enfoque del amor por Dios se ve ratificado en los Salmos, los cuales

preposición ἐν (ἀγαπήσεις κύριον τὸν θεόν σου ἐν ὅλῃ τῇ καρδίᾳ σου καὶ ἐν ὅλῃ τῇ ψυχῇ σου καὶ ἐν ὅλῃ τῇ δυνάμει σου). En Marcos 12:30 se traduce todas las veces con la preposición ἐξ (ἀγαπήσεις κύριον τὸν θεόν σου ἐξ ὅλης τῆς καρδίας σου καὶ ἐξ ὅλης τῆς ψυχῆς σου καὶ ἐξ ὅλης τῆς δυνάμεως σου καὶ ἐξ ὅλης τῆς ἰσχύος σου). Debido a esto, me inclino a considerar ἐν y ἐξ como dos formas de expresar el mismo significado de la palabra hebrea 2. En otras palabras, ambos significan, más o menos, “por”. El corazón, el alma, la mente y las fuerzas son instrumentos *por* medio de los cuales demostramos amor por Dios. Lucas sugiere una pequeña variación a esta interpretación con su inconfundible traducción de Deuteronomio 6:5. Él utilizó la preposición ἐξ cuando hizo referencia a “corazón”, pero hizo uso de ἐν para referirse a “alma”, “fuerzas” y “mente” (ἀγαπήσει κύριον τὸν θεόν σου ἐξ ὅλης [τῆς] καρδίας σου καὶ ἐν ὅλῃ τῇ ψυχῇ σου καὶ ἐν ὅλῃ τῇ δυνάμει σου, καὶ τὸν πλησίον σου ὡς σεαυτὸν, (Lc. 10:27). Uno se pregunta si la intención de Lucas fue decir si el corazón es la “fuente” (de ahí ἐξ), mientras que el alma, la mente y las fuerzas son las esferas en que se demuestra el amor (de ahí ἐν). Esto concuerda con lo que estoy recalcando, dígame que el amor por Dios es cuestión, en lo esencial, de las devociones (del corazón) y de manera secundaria, se demuestran en las acciones de la vida de esfuerzo físico y mental.

reflejan la manera en que se le amó. Jesús se vio como el objetivo, el centro y el cumplimiento de las Escrituras del Antiguo Testamento, incluidos los Salmos (Mt. 5:17; Lc. 24:27; Jn. 5:39). Esperamos que Él exija un amor que se extienda y además, cumpla lo que los salmistas experimentaron. En los Salmos leemos que el amor por Dios es absolutamente exclusivo: “¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra” (Sal. 73:25); “Oh alma mía, díjiste a Jehová: Tú eres mi Señor; no hay para mí bien fuera de ti” (Sal. 16:2). ¿Qué querrá decir esta exclusividad teniendo en cuenta que los salmistas también hablan, por ejemplo, del amor hacia otras personas (Sal. 16:3)?

El Salmo 43:4 nos da una idea. Los salmistas dijeron: “Entraré al altar de Dios, al *Dios de mi alegría y de mi gozo*...”. Esta última frase (“de mi alegría y de mi gozo”) significa literalmente “la alegría de mi gozo” o “la alegría de mi júbilo”.³ Esto señala a Dios como la alegría de todos nuestros gozos. En mi regocijo por todas las cosas buenas que Dios ha hecho, Él mismo es el centro de gozo, la alegría de mi gozo. En mi regocijo, existe un regocijo vital por Dios. Todo gozo que no tiene a Dios como su principal alegría es un gozo vacío que, con el tiempo, estallará como una burbuja. Esto fue lo que indujo a Agustín a orar: “Te ama tan poco aquel que lo ama todo junto a ti, que no te ama por ti mismo”.⁴

QUE NO SE ENFRÍE TU AMOR

Por consiguiente, concluyo que la exigencia de Jesús de que amemos a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas significa que todo impulso y todo acto de cada una de nuestras facultades y capacidades deber ser expresión de atesorar a Dios por sobre todas las cosas. Jesús advirtió que esta, la más importante de todas las exigencias, caería en el olvido en los últimos días: “...por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará” (Mt. 24:12).

Guide que su amor por Dios no se enfríe en estos días. Recuerde que amaremos a Dios al punto de conocerlo y no olvide que solo Jesús puede darlo a conocer en toda su plenitud (Mt. 11:27). Por eso, mire fijamente a

3. La frase en hebreo consta de dos palabras para alegría y gozo (שִׂמְחָה וְשִׂמְחָה).

4. San Agustín, *Confesiones*, Libro 10, Capítulo XXIX.